

DE HISTORIA Y ANTIGÜEDADES

ORGANO DE LA ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA

Director, PEDRO M. IBAÑEZ

Bogotá — República de Colombia

**BIOGRAFIA DEL GENERAL AGUSTIN CODAZZI**

ESCRITA EN ALEMÁN POR HERMAN ALBERT SHUMACHER Y TRADUCIDA POR FRANCISCO MANRIQUE—AUMENTADA CON NOTAS, DOCUMENTOS Y CARTAS, POR CONSTANZA CODAZZI DE CONVERS  
1912

PROLOGO

Hasta hoy no se había publicado una biografía completa del sabio geógrafo y valiente militar Agustín Codazzi. La que presentamos hoy se debe a la perseverancia en buscar datos del sabio alemán señor Herman Albert Shumacher, para publicar su importante obra titulada *Shumacher Herman Albert. 1839, 1880. Sudamerikanische Studien Drei Lebens un Cultur Bilder Mutis, Caldas, Codazzi. 1760, 1860.*

Causa admiración que un extranjero haya podido seguir paso a paso las peripecias de la vida de los hombres eminentes que se propuso dar a conocer: esta biografía parece un diario de Codazzi; hemos comparado con cartas, documentos y mapas, y asombra la exactitud de su obra.

Al patriótico desinterés del señor Francisco Manrique debemos la traducción, del alemán, de tan interesante biografía, tomándonos la libertad de agregar algunas notas y documentos.

A nombre de la familia Codazzi enviamos la expresión de la más viva gratitud a los señores Shumacher y Manrique, por dar a conocer al ilustre ingeniero, quien de pocos años ganó el primer premio en la Escuela Central del Reino, fundada en Bolonia para los aspirantes a la milicia, en competencia con niños mayores que él. Este triunfo definitivo le daba el derecho de ser admitido como pensionado del Gobierno en dicha Escuela, cumpliendo así la promesa hecha a su padre de que, por su buena conducta y aplicación en el estudio de las matemáticas, ganaría un puesto gratuito. A los diez y seis años coronó sus estudios como Ingeniero

Civil y Militar, de la brillante manera que atestiguan sus trabajos en Venezuela y Colombia. Como todos los hombres de mérito excepcional, encontró en su camino la envidia, que lo calumniaba; la ignorancia, que lo desconocía; la injusticia, que hería aquel gran corazón tan lleno de bondad y perdón para sus detractores. Su caridad igualaba a su talento; su casa estaba abierta para todos los italianos y venezolanos en desgracia, hasta que les proporcionaba modo de ganarse la vida: siempre jovial y festivo, modesto hasta la humildad, incansable para el trabajo, atento con todos. Todo Colombia fue testigo de sus trabajos, desde los límites con Venezuela y Centro América hasta los desiertos del Caquetá; y sin embargo, no es su nombre el que figura en sus mapas, sino el del discípulo ingrato que nunca hizo más que reducir el tamaño de ellos con el mismo pantógrafo de su maestro; trabajo mecánico que hacíamos los hijos de Codazzi desde la edad de once años: el del dibujante; que si bien puso en limpio los borradores y escribió con hermosa letra, tampoco es un trabajo intelectual que merezca colocar su nombre, suprimiendo el de su noble y generoso protector. Lo acompañó en sus excursiones; pero donde había peligro se eximía siempre que podía; y todavía, corregidos por el General Mosquera, quien, a pesar de su mucho talento, no era ingeniero; al fin de esta biografía se verán párrafos de sus cartas a Codazzi, que lo demuestran. De su extensa geografía y del gran diccionario geográfico tampoco quedan sino cortos extractos publicados en el atlas, y una geografía arreglada por el señor Felipe Pérez: gran parte de tan abundante y precioso material se le perdió a dicho señor. Cuando se publicó la obra aún estaba fresco el recuerdo en toda la Nación de aquel simpático anciano que la recorrió hasta rendir la vida en su servicio, y que no pudo recibir el premio de su grandiosa obra mutilada hoy. En Caracas acaba de publicar el señor Tomás Llamozas una buena biografía de Codazzi; menos extensa que ésta, pero no por eso menos exacta. Pide, patrióticamente, como muestra de gratitud del país que ayudó a libertar e hizo conocer al mundo científico, que se eleve un monumento a la memoria de aquel extranjero, que consagró su vida entera al bien y engrandecimiento de Venezuela y Colombia. Reciba el señor Llamozas los sentimientos de la más sincera gratitud de la familia Codazzi.

A última hora hemos recibido un libro en esmerada edición publicado en Caracas, Imprenta Bolívar, con motivo del Centenario de la Independencia de Venezuela, titulado *Trabajos del Cuerpo de Ingenieros encargado del levantamiento del mapa físico y político de Venezuela*.

En este libro científico, donde se aúnan el talento y

trabajo de varios ingenieros, bajo la dirección del doctor Felipe Aguerrevere, se reconoce el mérito de los trabajos de Codazzi. En el capítulo titulado *Mapa de Venezuela* se lee:

«La región Alto Orinoco, Ríonegro y Casiquiare, proviene de los mapas antiguos. Codazzi, Humboldt, Schomburg, y los españoles. Muchas y muy notables diferencias hallará quien compare el nuevo mapa con el conocido de nuestro eminente corógrafo Codazzi, quien de 1830 a 1840, sin los instrumentos y recursos que hoy poseemos, pudo, a esfuerzos de enérgica constancia y superior inteligencia, legarnos el trabajo que nos ha servido de guía.»

En el titulado *Sistema de proyecciones elegido*, dice:

«Por razón histórica se presentaba al examen de la Junta, antes que ningún otro sistema, el cuadrulado uniforme, adoptado por Codazzi para el primer mapa de Venezuela, publicado por el Gobierno Nacional en 1840. En este sistema se sustituye a la superficie de la tierra una superficie cilíndrica, paralela al eje polar, adoptando para la magnitud de los grados un tamaño uniforme, sea que se midan sobre el meridiano o sobre el paralelo. Es evidente que en la representación obtenida, los paralelos quedan tanto más amplificadas, cuanto más alta es su latitud, al paso que los meridianos conservan una escala prácticamente rigurosa, lo que daría en las altas latitudes una deformación exagerada, pero que, en los países en que aquel eminente geógrafo la adoptó, y dada la escasa exactitud con que le permitían hacer las medidas los medios de que disponía, su sistema de proyecciones era eminentemente legítimo. Para el plano militar de Venezuela el sistema de Codazzi no podría convenir al grado de precisión con que se vienen haciendo los levantamientos.»

Agradecemos debidamente tan valioso presente dirigido a nuestro finado hermano Lorenzo, quien habría sabido apreciarlo en lo que vale. Los hombres de talento que ejercen la profesión de Codazzi pueden estimar sus trabajos comparando la civilización actual con la bravía naturaleza de entonces: no así los ignorantes en la materia, que han criticado sus obras sin comprenderlas.

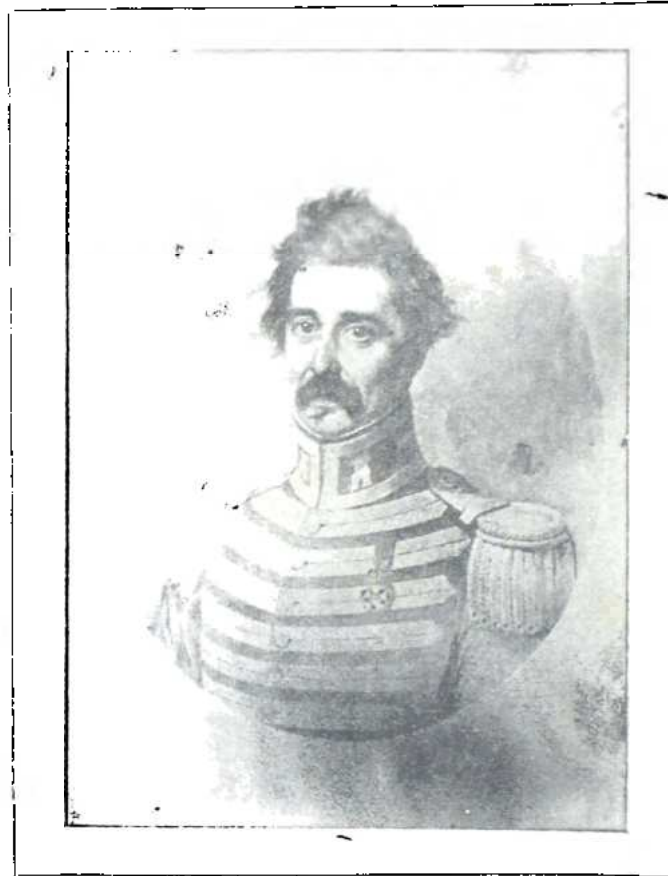
CONSTANZA CODAZZI DE CONVERS

EXCURSIONES MARÍTIMAS

I

Cuando principiaba el año de 1817 la mayor parte de la América Española, es decir, casi todas las colonias situadas dentro de los trópicos, se hallaban de nuevo bajo el yugo de la Madre Patria. Los movimientos revolucionarios que tan

violentemente habían estallado. eran ya considerados en Madrid como simples síntomas de una fiebre tropical. El Rey Fernando VII blandía otra vez su poderoso cetro sobre los imperios de ambos mundos, por la gracia de Dios y con la majestad de sus antecesores. Las huellas de las revolu-



General Agustín Codazzi.

ciones habían desaparecido, o se desvanecían rápidamente, pues en la parte norte de la América del Sur dominaban de nuevo los Oidores de Su Majestad Católica. En Panamá, como en Caracas; en Bogotá, como en Quito, hallábanse las autoridades españolas tan poderosas como siempre; además, estas capitales estaban también completamente dominadas por los Oficiales españoles en los puntos más importantes. Los enemigos de los europeos apenas se sostenían aún aquí y allá en lugares apartados, de estepas salvajes, tales como las llanuras de Apure y Casanare; o en islas sin importancia como Haití, cuyo Gobierno de negros y mulatos no parecía

peligroso a los intereses de España, por cuanto era también odiado por los Estados Unidos, a causa de la cuestión de esclavos. De manera que las luchas que aún continuaban en la parte baja de la América, sólo semejaban las últimas convulsiones de una fuerza moribunda, y los movimientos expedicionarios bajo las banderas rebeldes en los mares de las Indias occidentales, semejaban más bien actos de piratería que manejos de guerra. Verdad es que los navíos que surcaban allí, contaban con protección y ayuda en los puertos norteamericanos; pero el Gobierno de los Estados Unidos al pasar de James Madison a James Monroe en marzo de 1817, persistió en no tomar parte en semejante ayuda. Lo que se hacía en favor de los rebeldes provenía de empresas particulares, contra lo cual en verdad protestaba España por medio de diplomáticos, sin estimar, sin embargo, necesario correr los riesgos de otra guerra. Además de Nueva Orleans, era Baltimore el centro especial de una viva agitación en favor de las Repúblicas criollas que se hallaban en gran peligro, si no ya destinadas a la destrucción. Tanto en las bocas de Misisipí como en la bahía de Chesapeake reinaba grande interés por coleccionar las armas, municiones y víveres que exigía la revolución suramericana, si era que debía continuarse o principiarse de nuevo. Al interés comercial se hallaba unida la simpatía política. Bien que el Gobierno se mostrase reservado, los ciudadanos de los Estados Unidos tenían el campo libre para ayudar a aquellos luchadores del Sur, a quienes consideraban como patriotas que combatían por la libertad.

En Baltimore se mostraba mayor interés por el Virreinato de Méjico, aun cuando allí ya imperaban de nuevo las viejas autoridades coloniales en todos los puntos más importantes del país. Hombres como Joaquín Toledo y Francisco Javier Mina trabajaban sin descanso en preparar una nueva revolución; y también el Brigadier mejicano Luis Aury, quien después de haber desembarcado en Haití los fugitivos de la perdida ciudad de Cartagena, rehusó seguir el partido de Bolívar.

A Aury se reunió Mariano Montilla para oponerse a los planes de Bolívar respecto a la Capitanía General de Caracas.

En favor de los revolucionarios de Chile trabajaba Juan José Carrera. El Marqués Emanuel de Grouchi, quien recientemente había figurado como Jefe bajo Napoleón, ayudado por el francés Miguel Brayer, también ex-General de División, avivaba el fuego en Filadelfia. En opinión con la mayor parte de sus compañeros de destierro, Francisco Villaret, otro francés, proyectaba la reconquista de la parte norte de Sur América, de acuerdo con los planes de Bolívar.

En calidad de Mayor General de la flotilla venezolana se presentó vigoroso de regreso del Sur, viniendo directamente del Orinoco a Baltimore, a bordo de su barco *América Libre* en abril de 1817. Hallábase al corriente de los recientes proyectos emanados de Haití y puestos en práctica por los partidarios de Bolívar por haber tomado personalmente parte en ellos, figurando en la dirección de la expedición que de Los Cayos había salido para la isla de Margarita, y fracasado casi completamente en el continente; siendo él quien condujo de nuevo al desafortunado Bolívar a la isla de Haití, sirviendo igualmente en la siguiente expedición que partió de Los Cayos el 31 de diciembre de 1816. Bajo sus órdenes habían estado los buques de víveres cuya carga fue desembarcada en las costas de Venezuela. Sabía Villaret que una vez terminado el armamento, el plan de guerra de los patriotas consistía en hacer un centro de operaciones a Santo Tomás de Angostura, puerto del Orinoco, accesible a los buques de mar. Había sido enviado a los Estados Unidos precisamente con el objeto de proveer aquel punto principal de la Provincia de Guayana, casi completamente desprovisto de cultivos, con materiales de guerra, víveres, y también con hombres y buques para proteger desde allí los numerosos brazos de las bocas del Orinoco, siendo ésta la única manera de conservar comunicación con el Exterior, pues todas las demás vías se hallaban en poder del enemigo. Entre los individuos que en Baltimore solicitaron entrar a órdenes de Villaret se hallaban dos italianos que habían combatido en los Ejércitos de Napoleón: Constante Ferrari, de Reggio d'Emilia, y Agustín Codazzi, de Lugo, hijo de Domingo Codazzi y Constanza Bartolotti; fue Codazzi el más joven de los dos, quien concibió la idea de alistarse en el servicio militar de la República de Venezuela, que diz que existía desde 1810. Este hombre enérgico, que veía en su pasado una vida llena de aventuras, había hallado de nuevo, y por casualidad, a Ferrari, aquel antiguo compañero mayor que él.

El estrépito de las guerras europeas de principios del siglo XIX no había perdonado ni la Iglesia ni la casa paterna de Codazzi; era ésta una sedería de Lugo, cerca de Ravena. Siendo aún niño había sido enviado a la Escuela Militar fundada en Bolonia por los franceses.

En 1809 fue admitido por el Coronel Pietro Damián Armandi en el Regimiento de Artillería de a caballo que hacía allí la guarnición (1). Continuó luego su educación

---

(1) Empezaba apenas el año de 1809 cuando un joven que sólo contaba diez y seis años, pequeño de estatura y de formas delica-

militar en la Academia de Pavía, hasta mediados de 1812. Los azares de su carrera le llevaron a Alemania, donde en calidad de Oficial tomó parte en las batallas de Lutzen el 2 de mayo de 1813 (1); Bautzen, el 21, Culm, Dresden y Leipzig. Regresó a su patria para ayudar, como Sargento Mayor, en la defensa de la frontera cerca de Tagliamento y Mincio. El 20 de febrero de 1814 figuraba en el Estado Mayor de su antiguo Jefe Armandi, en la batalla de cerca de Mantua. Seis meses después, a causa de la disolución de este Ejército, se alistaba como Teniente de Artillería en la Legión italiana que se organizó con los restos del Ejército de Beaubarnais. Este período de servicio militar fue apenas el principio de una larga cadena de extrañas y variadas aventuras. Casi un año antes de su arribo a Baltimore se había embarcado Codazzi como comerciante en Génova, y habiendo naufragado frente a la isla de Ithaca (3), llevó una vida solitaria y menesterosa. Allí encontró a aquel ex-Teniente

---

das, se presentó al Coronel Armandi, suplicándole lo admitiese como voluntario. Armandi, al verlo, sonrió y le dijo:

—Id a vuestra casa; creced y fortaleceos, y entonces os recibiré.

—¿Tan pobre está el Emperador, exclamó el pretendiente, que tema emplear mal una ración en un joven voluntario?

Tal respuesta agradó tanto al Coronel, que no pudo negarle su petición. Aquel jovencito endeble, pero lleno de confianza en el porvenir, era Codazzi.

(1) En esta batalla, la primera en que se encontró, la Compañía de que formaba parte fue destinada a defender un puesto interesante con la orden de que el artillero que abandonase su cañón sería pasado por las armas. El enemigo colocó una fuerte batería contra la en que estaba Codazzi: crecían las bajas en ésta, y el Capitán envió a un Oficial a pedir refuerzo; mientras éste llegaba, siguió la mortandad hasta el extremo de no quedar con vida sino el Sargento Brigada Codazzi, y un soldado, quienes continuaron haciendo fuego hasta que el soldado cayó herido de muerte. Sólo Codazzi resolvió morir al pie del cañón, y tuvo la audacia de montarse a horcajadas en él a esperar la muerte. En estos momentos llegaba el refuerzo mandado por el Mayor del Cuerpo, quien gritó a Codazzi:

—¿Qué hace usted ahí?

Este respondió con impavidez: «Ici, en attendant la mort.»

Excúsenos que hayamos puesto la contestación en el idioma en que fue dada. Contaba veinte años, mostró en estas batallas tal pericia, valor y sangre fría, que los mismos veteranos le admiraron. Mereció el anillo de los Oficiales de Napoleón que se distinguían, y que llevaban en el dedo pulgar. Es una gruesa argolla de oro con un camafeo, que al abrirse, deja ver la estatua de Napoleón con los brazos cruzados.

(3) Codazzi no sabía nadar; debió la vida a un compañero, Sargento de Napoleón, quien se constituyó en su asistente, y le acompañó todo el tiempo que estuvo en Ithaca, y luego en Constantinopla. Esta desgracia que lo arruinaba no lo abatió. Empezó en Ithaca el oficio, para él ignorado, de pintar casas con paisajes inverosímiles; pudo con esto vivir y reunir una corta suma para continuar su viaje a Constantinopla. Llegados allí, y no encontrando en qué ocu-

Coronel Constante Ferrari; con él viajó después por Grecia, Molau, Wallaquia, Rusia, Polonia, Prusia, Suecia y Dinamarca. Había gastado largo tiempo en peregrinaciones sin objeto, cuando llegó a Holanda. En Amsterdam concibió la idea de ir a América, directamente a Baltimore, que en aquella época era el centro de inmigración en los Estados Unidos.

El contacto con los numerosos conspiradores de origen extranjero indujo a Codazzi y a Ferrari a mezclarse en los dudosos cuanto atrevidos planes de Villaret, alistándose inmediatamente en aquel bergantín *América Libre*, que iba a ser comandado por Carlos Barnard, y que zarpó sin pérdida de tiempo para unirse con la flotilla venezolana que a las órdenes del Almirante Luis Brion se suponía hallarse frente a la isla de Margarita, figurando Ferrari como Teniente Coronel y Codazzi como Teniente de Marina. Era primer ayudante de Brion Federico Barbastro, compatriota de nuestros héroes. La organización de esta nueva flota era muy defectuosa. El Capitán Barnard no siguió las instrucciones de Villaret: navegando hacia el Sur a lo largo de las costas de los Estados Unidos, halló abajo del cabo Fear un escuadrón de aquel Aury, que había salido de Baltimore algunos meses antes para equiparse en Nueva Orleans. Ocupábase en esos momentos en sitiar la isla Amelia que, con su fortaleza de Fernandina, se hallaba especialmente adecuada para base de operaciones corsarias y expediciones de tal clase.

---

parse, vagaron por aquella populosa ciudad del Bósforo por espacio de un mes, poco más o menos, sufriendo escasez y aun hambre. En sus correrías encontraron muchos Oficiales del Ejército de Italia, quienes habían ido allí fiados en un firmán del Sultán, por el cual se ofrecía colocación en el Ejército a los Jefes y Oficiales de Napoleón que habían dejado el servicio después de la abdicación de Fontenaibleau; pero estas promesas no se cumplieron, y aquellos gloriosos restos del Ejército de Italia estaban reducidos a vivir de diversos oficios. Todos los que se encontraban con nuestros naufragos los citaban para las cinco de la tarde en un café de pobre apariencia, lugar de reunión cotidiana de aquellos pobres italianos. A la hora convenida llegaron Codazzi y su compañero; cuando estuvieron todos reunidos, fueron a pasear al cementerio, averiguándole a Codazzi, durante el paseo, por su patria y sus familias; él dio las noticias que pudo; les refirió el naufragio, y les pidió consejo; diciéndole ellos que no le quedaba más recurso que buscar quién quisiese recibirlo como sirviente. A las seis todos comenzaron a despedirse y marchar hacia la ciudad, sin que uno solo les ofreciese un albergue; quedaron solos nuestros dos naufragos, y resolvieron pasar la noche en aquel lóbrego lugar, escogiendo una hermosa losa de mármol para cama, y alimentaron su extenuado cuerpo con las ofrendas que vinieron a depositar los turcos sobre las tumbas durante la noche. Al día siguiente salieron al campo, y habiendo encontrado un cristalino arroyo, resolvieron la-



El Capitán Barnard se unió con su bergantín a las fuerzas de Aury, de manera que la isla Amelia fue por algún tiempo cuartel general de Codazzi. Cubre ésta las bocas del río Santa María, que en aquel tiempo marcaba todavía el lindero entre la América Española y los Estados Unidos; especialmente en la región de Georgia, estaba segura de hallar auxilios en distintas formas la llamada Nueva Colonia mejicana. Había poco que temer de parte de la Florida española, puesto que las desavenencias de ésta con el Gobierno vecino habían disminuído mucho el poder del Comandante. Como solamente un angosto brazo de mar separaba la isla del continente, era fácil adquirir comestibles y elementos de guerra. Aquella isla había sido por largo tiempo refugio de aventureros marinos. Cuando los restos de una partida de piratas encabezados por Gregor Mac Gregor, quien, con el pretendido título de Oficial de la Nueva Granada, se refugió allí, alzando la bandera española, Aury abrió operaciones para quitar a esos rivales la fortaleza, y con ella muy importante cantidad de elementos de guerra. Codazzi dirigió el ataque, y después de cuatro horas de combate tomó el castillo. Con tal motivo fue reconocido el 18 de febrero de 1818 como Teniente en la escuadra de Aury, considerada como la flota de Buenos Aires y Chile, en operaciones contra el poder español en Nueva Granada. La influencia de Méjico terminó repentinamente; pero la República de Buenos Aires, que había enarbolado la bandera de Chile después de las brillantes operaciones de Sanmartín, ofrecía bastantes

---

var sus ropas, que bien lo necesitaban, cuando una ráfaga de viento le arrebató el sombrero a Codazzi, dispersando los papeles que allí guardaba y que había logrado salvar del naufragio, entre los cuales se hallaba una carta de recomendación que un judío de miserable aspecto le había dado en Génova, y de la cual no esperaba nada; pero viéndose urgido por las penalidades y escasez, resolvió hacer uso de ella. Se encaminaron, pues, hacía la ciudad en busca del compatriota a quien iba dirigida aquella carta: pensaban que la recomendación del casi mendigo israelita sería una decepción más; pero cuál sería su sorpresa al ver la habitación del rico comerciante a quien iba recomendado Codazzi. Un soberbio palacio ricamente adornado se presentó a su vista, y un sirviente con el pintoresco traje oriental recibió la carta, tomándola con unas grandes pinzas de plata; se la dio a otro que la recibió lo mismo, y después de darle dos o tres tijeretazos y ponerla sobre un pebetero, la colocó en una bandeja de plata, que un tercer sirviente llevó a su amo. Este era un hombre entrado en años, y que hacía mucho tiempo residía en Constantinopla; sintió un vivo placer al leer aquella carta de su mejor amigo, y saber que el portador era italiano: les indicó que siguiesen al sirviente, quien los condujo a un cuarto de baño, donde tomaron uno de esos baños tibios y perfumados que se acostumbra en Oriente: el criado les presentó finísimas sábanas para enjugarse, y un vestido oriental a cada uno. Vistiéronse con placer aquellos tra-

garantías para Aury, puesto que toda ella se hallaba en armas contra España, y aun había abierto negociaciones con el Brasil. Una vez tomada esta bandera, Aury se dirigió con la mayor parte de su escuadra hacia el Sur, atendiendo a un llamamiento de los venezolanos: con él iban Ferrari y Codazzi, quienes esperaban haber entrado por fin al servicio de los patriotas. El 27 de febrero de 1818 había recibido Brion una orden que lo indujo a pedir el concurso de Aury. Tal orden dependía de Francisco Antonio Zea, antes un naturalista bogotano, y ahora Presidente de la Asamblea venezolana. El pequeño número de políticos reunidos en Angostura había asumido las facultades de Gobierno el 10 de noviembre de 1817, invistiendo a Bolívar con el título de Presidente de la República en embrión; a Zea, con el de Ministro de Gobierno y Finanzas; a Brion, con el de Guerra y Marina, mientras Juan Martínez debía llenar las funciones de Magistrado de Justicia, etc.

La orden de Zea consistía: primero, en que se compraran armas y municiones en las Antillas, destinadas a Angostura; y segundo, que se protegiese el desembarco de las tropas auxiliares que habían sido reclutadas en Londres, Holanda, Alemania, etc. La escuadra española, bajo el mando del General José María Chacón, seguía con atención los movimientos de refuerzo de los buques enemigos; pero evitó

---

jes lujosos y perfumados, y siguieron al sirviente, que los condujo a través de suntuosos salones al retrete del anciano, quien los recibió con el fraternal abrazo del que está lejos de su país y vea un compatriota. Allí fueron las preguntas multiplicadas y los cariñosos reproches por haber dejado para última hora aquella visita tan grata. Dioles una carta para el administrador de un hotel de su propiedad, y agregó que al siguiente día hablarían sobre el modo de proporcionarles un negocio lucrativo. El administrador del hotel, una vez leída la carta de su principal, los recibió con deferencia, y les dio una pieza para ambos, con un cuarto de baño contiguo. Después de un buen almuerzo se retiraron a su pieza y no cesaban de admirar aquella acogida debida a la recomendación de tan ruin personaje. Reclináronse en los mullidos lechos, y pronto los venció el sueño, y excusado es decir que durmieron como en mucho tiempo no lo habían logrado. Era la hora del crepúsculo cuando despertaron, y vieron con sorpresa frente a cada cama un baúl con el nombre de cada uno en su tapa; lánzase de las camas y abren simultáneamente los baúles, donde encontraron un surtido completo de ropa del país, y una bolsa llena de monedas de oro, que introducen en sus bolsillos, y salen en busca de sus paisanos. Llegados al café donde se reunían, saben que ya habían marchado a su pasec favorito: dirígense allí, y júzguese el cúmulo de preguntas y la admiración de aquellos desgraciados emigrados al ver a los dos naufragos de ayer convertidos en hombres opulentos al juzgar por su traje. Un Coronel, a quien todos acataban, les habla a nombre de todos y les dice que no es justo que siendo todos paisanos estén ellos gozando de comodidades y los demás en la miseria; que por lo tanto irán a vivir donde ellos vivan, y que lo que tengan será de la comunidad. Registra

todo ataque cuando Aury apareció con sus buques de guerra el 11 de mayo. La flota de Brion fue la primera en abrir operaciones en la costa de Cumaná para sostener el Ejército de tierra, y desembarcó allí tanto tropas como municiones; con el resto de los elementos de guerra se dirigió en seguida hacia el Orinoco. Entonces Aury, con el objeto de poner en buen pie sus pasados servicios con respecto al Gobierno de Angostura, le cedió a Brion uno de sus barcos, *El Mercurio*, mientras que él tuvo que ocuparse en buscar un nuevo punto de apoyo para sus correrías, puesto que los Estados Unidos habían arrojado a sus compañeros de la *Amelia* el 23 de diciembre de 1817. A bordo de *El Mercurio*, que capturó un bergantín español en el golfo de Paria, y luego se proveyó de toda clase de pertrechos y provisiones de guerra en la isla inglesa de Trinidad, hallábase Codazzi, y contemplaba por vez primera el salvaje interior de Sur América; para él, un mundo nuevo, pues las islas y costas de las Antillas no le habían dado una idea exacta de las formas de vida tropical.

Contando con buenos pilotos de la isla de Curazao, se dirigió Brion hacia las bocas del Orinoco, logrando remon-

---

sus bolsillos, saca el dinero y lo reparte por partes iguales entre todos, y declara que a donde vaya Codazzi, irán todos. Este les refiere el modo como ha adquirido aquel dinero y aquellas ropas, y les hace presente lo penoso que para él sería recargar a su protector con la alimentación de tantos; pero todo fue inútil, y cuando a las siete de la noche se dirigieron a su habitación, iban seguidos por todos los emigrados, y el Coreel, dirigiéndose al administrador, le dijo. «Póngame usted una buena comida, con buenos vinos, para nosotros, que Codazzi paga.» Tan recomendado estaba éste por el propietario, que el dependiente al oír aquello ordenó sirviesen la comida pedida. Figúrese el lector aquella comida de hombres hambreados: terminada ésta, que fue opípara, todos se metieron en la pieza de Codazzi, y hacinados, pasaron allí la noche. Al siguiente día se presentó Codazzi todo avergonzado a su protector a referirle lo que había sucedido, sin que él hubiera podido evitarlo. Aquel anciano lloraba de placer y decía: ¡bien hecho! ¡bien hecho! ¡valientes paisanos! Grande fue la sorpresa de Codazzi al oír aquellas exclamaciones; pero subió de punto cuando el anciano, ya repuesto, le dijo; la satisfacción que siento al haber podido ser útil a mis paisanos es inexplicable. Desde hoy tienen alimentación gratuita en mi hotel, y usted venga esta tarde para que combinemos un negocio. Esa tarde establecieron las bases de una compañía para establecer una ruleta, llevando Codazzi mitad de las utilidades y la responsabilidad de la caja: el Sargento debía tallar, y los Oficiales hacer la guardia para defender la ruleta de los asaltos de los turcos, a quienes no debían hacer resistencia con armas sino dispersar a palos, lo que tuvieron ocasión de practicar en algunos asaltos hechos en altas horas de la noche. Al mes, poco más o menos, murió aquel generoso italiano, del bubón, peste terrible que azotaba el país. Liquidó Codazzi el negocio, y se halló poseedor de una fuerte suma que le permitió abandonar aquel país.

N. de C. C. de C.

tar con fortuna la fuerte corriente entre la isla de Cangrejos y la punta Parima. El primer punto de arribo fue Cuparo, un pobre caserío de indios situado en la margen izquierda del majestuoso río, en donde esperaban noticiarse del paradero de los barcos españoles que pudieran quizá estar en asecho. Creyó Codazzi que el enemigo habría abandonado ya el brazo principal del río por causa de los peligros en navegarlo, buscando mejor salida; pero la causa real de esto había sido la imposibilidad de hallar en el salvaje delta del Orinoco recursos necesarios para una larga permanencia de buques de guerra en aquellas regiones.

En Cuparo se presentaron algunos indios guaracoes, que andaban completamente desnudos, pero muy adornados, teniendo algunos de ellos pedazos de tumbaga atravesando la nariz y los labios, mientras otros iban pintados con brillantes colores. Tales fueron los primeros aborígenes que Codazzi pudo ver de cerca, y cuyo recuerdo conservó siempre.

Las dificultades del manejo de once embarcaciones que en su marcha hacia el interior del país debían mantenerse tan unidas como lo permitiesen las circunstancias, no permitían la cómoda inspección de aquellas soledades tropicales, cuya fauna y flora de riquísimos colores aparecían por dondequiera, y podían admirarse mejor, con su muda elocuencia, cuando los buques se veían obligados por las corrientes e islas a acercarse a una u otra orilla. La vista de aquel panorama formado por murallas de bosques y malezas fue en un principio demasiado fatigante para Codazzi, quien no tenía especial interés en la historia natural. Algunos días después aparecieron, en el confuso azul del horizonte, tres montañas abiertas que desarrollaron agradables panoramas. Altas y escarpadas rocas llegaban hasta cerca de las márgenes del río, ofreciendo a la vista un curioso punto, notable por dos imponentes fortalezas construídas en el costado de la montaña, enfrente del cual anclaron las embarcaciones para desembarcar su equipo.

Allí, en el viejo Santo Tomás de Guayana, vio Codazzi por vez primera los soldados patriotas del país. Se hallaban casi sin uniforme, y aun casi desnudos; descalzos y con armas de diferentes clases. No correspondían a las esperanzas de los europeos, al menos en apariencia; pero no carecían de disciplina y de nociones de orden. Encabezaba aquella compleja multitud Juan Díaz, y reinaba grande excitación entre ellos por haberles sido entregado recientemente el Teniente Coronel Robert Wilson, Oficial de las tropas auxiliares inglesas, como supuesto espía enviado por la Embajada española en Londres.

En el bergantín americano *Hornet* conoció Codazzi al Capitán Tomás Reed, personalidad muy interesante, y a

Baptist Irwine, de Baltimore, a quien se acataba como a Representante de los Estados Unidos, aun cuando sin tener posición diplomática, pues se ocupaba en reclamar daños y perjuicios; pero se le miraba como el medio de una alianza posible con el Gobierno de Washington. La mayor parte de la Escuadra permaneció enfrente de aquel lugar, y solamente el bergantín al mando de Brion, seguido por *El Mercurio*, remontaron el Orinoco, llegando a la altura de la capital provisoria de la República de Venezuela el 12 de julio de 1818, a un lugar de unos seis mil habitantes, construido en la pendiente de una colina árida, y según el plan de una fortaleza. Una iglesia, dedicada a la Madre de Dios, era el único edificio de alguna altura que podía verse en aquella ardiente población. Muchas casas se hallaban reducidas a ruinas, las cuales se hallaban cubiertas de maleza, y aun la alameda, con sus gigantescas ceibas. En ésta se reunían diariamente los pocos hombres que habían asumido la representación de Venezuela. Algunas veces se reunían en una de las azoteas de las casas, y otras en alguna de las numerosas pequeñas haciendas del vecindario, rodeadas de palmas y mangos, esparcidas en aquella región insalubre, y que le parecieron a Codazzi los lugares más miserables. Curiosa era la agrupación allí reunida: la siempre distinguida figura y patética naturaleza de Bolívar, formaba su centro. Este infatigable revolucionario había estado casi un mes a la cabeza del llamado Gobierno, y ahora desde que las tropas españolas se habían visto obligadas a permanecer inactivas, ocupábase en toda clase de organizaciones, dictando decretos y haciendo nombramientos. Pronto había concebido, por ejemplo, la idea de convocar una nueva Convención en Angostura, para que dictara nueva Constitución de la República.

Bolívar gustaba siempre de aparecer acompañado por lo menos de un Ayudante, puesto que entonces desempeñaba Zea, quien pocos días antes había publicado los primeros números del periódico *El Orinoco*, el cual, aunque parezca raro, tuvo grande influencia en la formación de la pequeña República. El áspero Juan Germán Roscio, quien acababa de regresar de Filadelfia, asumió el papel de Diputado, siempre listo; mientras el ilustrado José Rafael Revenga, con quien Codazzi ligó especial amistad, era un hábil Secretario privado; Lino de Clementi, un venezolano de origen italiano, se ocupaba en los asuntos de marina. Un caprichoso grupo de individuos, casi todos con títulos rimbombantes y frecuentemente, a despecho del calor, con ricos y vistosos uniformes, manejaban los diversos asuntos del Gobierno. Todos los colores de la piel se hallaban representados allí; al lado de los caballeros vestidos como en Caracas y Valencia.

veíanse los llaneros con el corto calzón de uña de pavo y la camisa por fuera; con las presillas y galones mezclábanse las cobijas (bayetones), y con las pistolas y lanzas, las dagas y rejos de enlazar. Aventureros ingleses, irlandeses, holandeses y alemanes concurrían allí; gentes que habían seguido las águilas de Napoleón, y otros que se habían batido en España contra José Bonaparte; y además de éstos, médicos y negociantes proveedores; la figura más notable de este círculo, en las ocasiones de fiesta, era la de James Hamilton, en traje escocés: soldado, especulador y diplomático, encarnados en un solo individuo.

Aury no podía esperar ganancia; no había dinero. Codazzi tuvo que convenir que la Escuadra venezolana se estaba sosteniendo solamente con los recursos personales de Brion, y en realidad, por entonces, sólo con su crédito. En tales circunstancias, no había más que hacer, después de una corta permanencia, que regresar sin haber llevado nada a cabo.

A la altura de la isla de Margarita recibió el bergantín *Mercurio* la orden de dirigirse inmediatamente hacia la costa de los Mosquitos; Codazzi supo que la bandera unionista de Buenos Aires y Chile había sido izada allí sobre una solitaria altura rocallosa, que Aury, según sus propias palabras, quería hacer el Gibraltar del mar de las Antillas.

Frente a aquella parte del istmo se desarrolla una cadena de arrecifes, bancos e islas, cuyas huellas pueden seguirse hasta Jamaica; solamente se hallan en ella dos puntos habitables, ocupados entonces por unos trescientos habitantes, que les han dado los nombres de San Andrés y Vieja Providencia, descendientes de los bucaneros que han conservado la lengua inglesa aun cuando sus moradas habían pertenecido formalmente a España desde 1789. San Andrés hallábase completamente desierto, porque el corsario francés Michel había destruído a sangre y fuego todo cuanto podía destruirse. Aury había escogido para su nuevo cuartel general la montañosa Vieja Providencia, cuya alta mole de rocas, semejando una cabeza humana, llevaba el nombre de Henry Morgan, el famoso pirata. Hacia el extremo norte de esta isla, al otro lado de un angosto brazo de mar, se eleva la pequeña isla de Santa Catalina, en cuyo costado sur se construyó el fuerte Aury. Poco tiempo después de principiada esta tosca construcción, el 8 de agosto de 1818, día de su regreso a Angostura, el Teniente Codazzi fue ascendido a Capitán, aun cuando regresaba con las manos vacías.

La falta de dinero era tanto peor cuanto que por ella se vio obligado Aury a desistir de un paso decisivo que hacia tiempo proyectaba dar, y que habría sido muy del

gusto de la ambición de Codazzi. Desde el 18 de julio había escrito aquél a su amigo, el revolucionario chileno Mada-riaga, residente en Kingston, que sería empresa fácil tomar por asalto a Porto Bello y Chagres, y conquistar desde allí a Panamá, cuartel del Mariscal español Alejandro Hore. Siendo el istmo el eslabón de unión entre las colonias de ambos mares, su posesión tenía inmensa importancia para el poder español; pero parecía indudable en aquellos días que aquél podría ocuparse sin mayores dificultades al poderse conseguir los recursos necesarios para sufragar los gastos de tan importante empresa en una región empobrecida.

Pero Aury carecía de tales recursos; la miserable Vieja Providencia, con sus cocoteros y arbustos de algodón, no podía mantener aquel Ejército de casi ochocientos hombres; ya no se presentaban ocasiones de capturar barcos mercantes españoles; las costas cercanas no eran sino breñas salvajes, cuyos pocos caseríos escasamente podrían suministrar algo con qué atender miserablemente a algunas de las necesidades diarias de sus habitantes.

En tales circunstancias resolvió Aury buscar aquellos puntos aislados que los españoles habían provisto de recursos como estaciones militares, principiando con tal motivo una campaña sistemática contra todos los lugares que se hallaban bajo las banderas del enemigo jurado, y cuya conquista prometía algún botín de guerra. Precisamente en los momentos en que el famoso Gregor Mac Gregor se veía obligado a entregar a los españoles la isla de Porto Bello, que acababa de conquistar, y a buscar un miserable refugio en la isla de San Andrés para el resto de su cuadrilla, de Vieja Providencia salía una de las más atrevidas expediciones corsarias dirigiéndose al fuerte de San Felipe, situado a la entrada del golfo Dulce, y perteneciente a la Capitánía General de Guatemala. En el ataque de tal fortaleza dirigió Codazzi la artillería con habilidad y buen resultado, de manera que inmediatamente después de su regreso recibió el grado de Saigento Mayor graduado, el 1º de agosto de 1819.

Pocos días más tarde se decidió de manera inesperada la suerte del dominio español en la parte norte del Continente suramericano. Tal acontecimiento tuvo lugar lejos de la costa, en las cimas de la cordillera, en el interior del país. La insignificante ciudad de Angostura, donde el 15 de febrero de 1819 había sido convocada la llamada Convención de las Provincias de Barcelona, Barinas, Caracas, Casanare, Cumaná, Guayana y Margarita, y de la cual dimanó una nueva forma de gobierno, se había hecho de repente más importante de lo que podía esperarse. Secun-

dado por los Jefes de los diferentes grupos de patriotas que aún estaban en armas, Bolívar aventuró un ataque contra la Nueva Granada, confiado en su conocimiento de la región y en la perseverancia de sus partidarios.

Después de recibir nuevos auxilios de tropas inglesas y alemanas, cruzó el páramo de Pisva en la Cordillera Oriental de Nueva Granada, por el paso de Morcote, cayendo sobre los españoles en las márgenes del río Boyacá, con tal ímpetu, que Juan Sámano, que había sido Virrey en Bogotá por corto tiempo, tuvo que emprender apresurada marcha hacia la costa, dejando el interior del país casi completamente desprovisto de armas y soldados españoles. Los venezolanos habían llevado a cabo una empresa de mucha importancia moral y militar, y principiaron a aprovechar con juicio y sabiduría, en lo tocante a tropas y pertrechos, las ventajas de un acontecimiento de doble valor después de tan larga y encarnizada lucha. El 10 de agosto de 1819 Bolívar, el Libertador de 1813, quien todavía era reconocido como Capitán General de la Nueva Granada, hizo su entrada triunfal a Bogotá, como vencedor de los enemigos hereditarios.

En su carácter de Presidente de Venezuela, Bolívar nombró el 4 de septiembre un Vicepresidente para el territorio de la Nueva Granada. En seguida estableció Tribunales, tanto civiles como militares, con carácter provisional, y se ocupó en dictar decretos para la organización del Gobierno de los países del norte de Sur América, que ya estaban libres, y de los que pudieran independizarse en el futuro, los cuales debían quedar comprendidos bajo el eufónico nombre de Gran Colombia.

La noticia de semejante cambio en la fortuna de las armas patriotas, de tal triunfo y del probable establecimiento de una nueva y poderosa República americana, llegó con la misma rapidez a las costas del mar de las Antillas, que al resto de las fuerzas realistas, las cuales se vieron obligadas a concentrarse en Santa Marta y Cartagena. Algunos de los bergantines de Aury tuvieron las primeras noticias mientras éste se hallaba en una excursión en la bahía del Darién, y éstas despertaron inmediatamente nuevos proyectos en los moradores de Vieja Providencia, quienes esperaban de un momento a otro el ataque de aquellos dos lugares de la costa que dominan las bocas del río Magdalena. Era pues necesario proteger por mar a las fuerzas de tierra, y con tal motivo una buena estrella parecía brillar para Aury, quien no debía omitir paso para acogerse a la sombra de la bandera de la nueva República. Con tal motivo resolvió inmediatamente después de recibida la noticia de la destitución del Virrey, enviar un apoderado



que ofreciera a Bolívar los servicios de la Escuadra y entrara en arreglos convenientes.

Hallándose aún en poder de los españoles casi todo el territorio comprendido entre el Atlántico y las llanuras altas de Cundinamarca, el único camino era el de la inhospitalaria región del Atrato, cuyas riberas, cubiertas de densos bosques, estaban casi desiertas, y cuyas numerosas vertientes ocultaban innumerables peligros. Entre los compañeros de Aury no había ninguno que pareciera dispuesto a desempeñar tal misión en Bogotá, hasta que el Mayor Codazzi, recordando sus interesantes peripecias en el Orinoco, se ofreció para llevar a cabo esta peligrosísima aventura. Uno de los buques de Aury lo condujo, a principios de octubre de 1819, al golfo del Darién, y de allí, remontando el Atrato hasta la desembocadura del río Murri, lugar que había sido reforzado con buenas trincheras y algunos cañones para impedirles a los españoles la entrada al interior del país. Allí tomó Codazzi una canoa, llenándola de cachivaches y baratijas, tales como utensilios de hierro y armas, y con bogas semisalvajes, que empujaban la canoa contra la fuerte corriente del río, por medio de largas pértigas, emprendió aquel desconocido viaje con un solo compañero. Después de innumerables privaciones y dificultades, terminó el trayecto del río en Quibdó, antiguo Citará, lugar principal de la famosa Provincia del Chocó, cuyas miserables chozas estaban casi todas construídas sobre estacas, por causa de las crecientes del río. Allí no era posible adquirir datos seguros respecto a los movimientos de Bolívar, y mucho menos en relación a los preparativos para la completa libertad del país. La vía hacia Bogotá se hallaba ciertamente abierta, puesto que las Provincias de Antioquia y Mariquita estaban libres; pero en la Provincia del Chocó no era posible hallar ayuda de ninguna clase para terminar el viaje. No se podía seguir la marcha porque el enemigo, al retirarse, se había llevado el último caballo, la última mula y hasta la última cabeza de ganado.

Codazzi hubo de partir a pie, y sin su compañero, a quien tuvo que dejar enfermo de fiebre en una choza en el valle del Atrato. Venciendo grandes dificultades llegó por fin a la agradable ciudad de Cartago, sobre el río Cauca, donde consiguió mulas con un muchacho de unos veinte años de edad, Tomás Cipriano de Mosquera, hijo de un rico agricultor de Popayán, quien en años anteriores había luchado en las filas de los patriotas y había sido hecho prisionero por los españoles; pero antes de los recientes acontecimientos y bajo los auspicios de las autoridades de España, había regresado al lugar de su nacimiento, y al lado de su anciano padre, hallándose bajo cuidadosa vigilancia.

Mosquera, que no se había atrevido a dar nuevo paso decisivo, sintió sus sentimientos de patriota doblemente satisfechos con la oportunidad que se le ofrecía de prestarle apoyo a este Oficial extranjero, a quien también dio noticias relativas a la lucha de emancipación. De Cartago en adelante el viaje fue más rápido. Desde las alturas del paso del Quindío y del camino de la Mesa, nuestro extranjero contempló por vez primera la magnificencia de una montañosa región tropical con un valle en las montañas: disfrutó de ella con mucho interés, y finalmente llegó a Bogotá, supuesto asiento del nuevo Gobierno de Bolívar; pocas señales de guerra, o preparativos para tal, se veían allí, pero sí una febril actividad intelectual. Bolívar había salido otra vez de la ciudad el 21 de septiembre, y Francisco de Paula Santander, su compañero en el paso de la cordillera, representaba lo mejor posible, y con el título de Vicepresidente de la Nueva Granada, el Gobierno recientemente establecido. Con él obtuvo Codazzi, al presentar sus propuestas, tan poco resultado como con Bolívar el año anterior; solamente recibió promesas. En aquellas alturas de la cordillera casi nada se sabía de la flota, y todavía no se había decidido nada respecto a bandera.

La posibilidad de un pronto ataque sobre las plazas fuertes de la costa dependía de los movimientos militares que se efectuaran en el interior; el manejo de la lucha estaba enteramente en manos de Bolívar. Además, todo era aún nuevo e inadecuado, especialmente lo relativo a finanzas, de manera que en Bogotá, ni José Ignacio Márquez, Ministro del Tesoro; ni Luis Eduardo Azuero, Recaudador de Hacienda, ni José Miguel Pey, Director de la Casa de Moneda, podían hacer nada en favor de la escuadra de Aury, pues asuntos de esa naturaleza tenían entonces menos probabilidades que nunca a causa de la creciente agitación. De manera que Bogotá le agradó muy poco a Codazzi. Allí fue testigo de un acontecimiento terrible, clara muestra del estado de exaltación de los ánimos, cuando el 11 de octubre, treinta y cuatro de los Oficiales enemigos, hechos prisioneros en la famosa batalla de Boyacá, españoles, criollos y otros cinco europeos, fueron fusilados en la plaza, contándose entre ellos el Jefe español José María Barreiro. Para él fue tal acto incomprensible. Oprimida por las medidas de la guerra, la empobrecida Bogotá no solamente era desagradable sino completamente incómoda. A fines de octubre, y con oprimido corazón, dio principio Codazzi a su viaje de regreso. En Quibdó ya no halló a su compañero vivo; para los preparativos del resto del viaje sólo contaba con la miserable canoa; pero el Alcalde del lugar le entregó seis botellas de oro en polvo, que su compañero había adquirido

a cambio de las baratijas y objetos de algún valor que habían traído, lo cual no era pequeño legado. Así como el regreso de Bogotá había sido más rápido que la ida, gracias a caballos y mulas fuertes, también la bajada del río se llevó a cabo en menos tiempo del supuesto. Después de algunas dificultades, Codazzi llegó a las bocas del Atrato, teniendo que esperar en la pequeña población de Turbo la llegada de alguno de los barcos de Aury, no sin correr frecuentes peligros de ser capturado por bergantines españoles provenientes de Cartagena.

En tales circunstancias nada podía venir de Vieja Providencia que tendiera a impulsar la guerra; pero como poco después supiese Aury que la República colombiana, en su Ley fundamental de 17 de diciembre de 1819, había adoptado temporalmente el mismo pendón tricolor que Venezuela, resolvió ir personalmente a Bogotá para poner sus bergantines bajo la sombra de esa bandera. A mediados de marzo de 1820 se vio allí con Bolívar, quien recordando los sucesos de 1816 y la hostilidad contra el muy digno Almirante Brion, trató a Aury como a un aventurero, despa-chándolo con la orden de abandonar inmediatamente aquella isla perteniente a Colombia, en la cual no había de permitirse piratería, cualquiera que fuese la bandera que tomase.

Durante la ausencia de Aury, su escuadra intentó de nuevo la toma de las costas de Guatemala y aun el territorio más interior de Honduras. Codazzi mostró mucho valor en los ataques a las fortalezas de Trujillo, San Felipe, que ya conocía, y de la ciudadela de San Fernando de la temible Omoa; con tal motivo fue ascendido a Teniente Coronel de artillería, el 2 de noviembre de 1820 (el 29 de febrero había sido nombrado Sargento Mayor efectivo), «en prueba de agradecimiento por sus grandes y buenos servicios, así como por su fiel devoción a la causa de la independencia de Sur América, según escribió Felipe Lacroix, Secretario de Aury.»

Una grande empresa parecía ofrecérseles: el 1º de junio de 1820 se dio principio al sitio de Cartagena, que ya el Virrey Sámano había dejado, bajo la dirección de Mariano Montilla por tierra, y el Almirante Brion por mar; pero éste fue interrumpido por negociaciones con Morillo, quien en la actualidad se apellidaba Conde de Cartagena. Entonces Brion, a quien Codazzi hubiese acompañado de buena gana, se dirigió a su vez a Bogotá. Después de haber gastado toda su fortuna, veíase obligado a pedir dinero con súplicas, sin obtener más que honores y festejos. Regresando pronto a la costa, Brion se dirigió primero a Maracaibo y de allí a Curazao, su ciudad natal, en donde murió el 30 de sep-

tiembre de 1821, a la edad de treinta y nueve años, olvidado y completamente empobrecido. Parecía claro que el objeto de sus infatigables esfuerzos, que Codazzi seguía con entusiasmo, había sido completamente perdido, y que era inútil pensar por el momento en tratar de elevar la marina colombiana al pie en que se hallaba la norteamericana. Sin que Aury pudiese tomar parte en la lucha, la bandera colombiana fue izada en Cartagena el 10 de octubre de 1821.

El incansable filibustero buscó entonces otro medio para alcanzar el premio de sus luchas de tantos años; con tal objeto atacó repentinamente las bocas del río San Juan, el punto más importante de la costa de los Mosquitos, donde los ingleses, instigados por el Almirante Laurens Halstead, Comandante de Jamaica, querían principiar operaciones de sitio. Aquí tampoco tuvo suerte el Jefe de Codazzi, pues el sitio fue declarado una violación de los derechos de Colombia, y Joaquín Mosquera, Embajador en Chile y Buenos Aires, recibió orden de protestar enérgicamente contra tal acto. Luégo se dieron en Bogotá varias disposiciones tendiendo a considerar la costa de los Mosquitos como parte de Colombia, aun cuando hasta entonces había sido considerada generalmente como de la nueva República de Costa Rica. Aury murió repentinamente a consecuencia de una caída, y su sucesor, Nicolás Joly, fue recibido en las fuerzas colombianas con el grado de Coronel y la formal promesa de que los demás Oficiales del finado Aury serían oportunamente reconocidos en sus respectivos grados. Codazzi no quedó incluido en este arreglo. Como tantos otros de sus compatriotas, sentía profunda nostalgia por Italia, y abandonó las aventuras marinas cuando la independencia de Colombia parecía completamente asegurada, y Bolívar se dirigía a derrocar paso a paso el poder español en las costas del Pacífico. Ya cansado se separó de su puesto hallándose en San Thomas. Como esta isla, que desde hacía algunos años había vuelto al poder de Dinamarca, y adquirido importancia comercial en la confusión de la guerra, Codazzi cambió allí por añil su bien guardado oro del Atrato, haciéndose de nuevo, como seis años antes, comerciante viajero, pero solamente por corto tiempo. Con su valioso artículo de comercio se dirigió al lugar donde había principiado su carrera americana, y luego hizo un segundo viaje mercantil entre Baltimore y San Thomas; realizando finalmente una fortuna de unos cuarenta mil pesos, se dirigió de regreso a su hermosa patria, la cual le era ahora extraña por los cambios en las relaciones del espíritu reaccionario y por la muerte de su padre. Poco tiempo antes había regresado a Italia Ferrari, su compañero de aventuras, quien lo recibió de la manera más cariñosa, lo mismo que Luigi Crisós-

tomo Ferrucci, su condiscípulo. Todo el mundo en Lugo y sus cercanías parecía regocijarse con el regreso de este compatriota que había rodado tánto, y quien por su parte trató inmediatamente de reanudar sus antiguas amistades, buscando, por ejemplo, a su superior Armandi, quien se hallaba en Roma, después de sus numerosos cambios de fortuna, en la casa de la Reina de Holanda dirigiendo la educación de Napoleón Luis Bonaparte. Habiendo permanecido en Augebrug, se regocijaba con cada brisa fresca que penetraba en la pesada atmósfera de la Ciudad Eterna: «he buscado mi fortuna en el Nuevo Mundo, ésta no quiso sonreírme en el Viejo,—escribía Codazzi a su primer Jefe; si allí me fue propicia, no tengo que agradecerse ciertamente a mis capacidades intelectuales; pero usted, mi Coronel, contra un destino siempre ingrato, ha vencido; y tal victoria es grande contra un ente superior; no veo la hora de que nos encontremos, y de este deseo participa mi camarada Ferrari, quien le envía recuerdos. Aún no he decidido si me establezca aquí en Lugo, pero en todo caso permaneceré en nuestra Romagna.» Poco después, en marzo de 1823, Codazzi compró una finca, *El Serrallo*, un punto lindísimo situado entre Massa Lombarda y Conselice, y allí arregló una vivienda con la mayor comodidad posible; la vida pasada debía perdēse en las profundidades del olvido.

## II

### CON SIMÓN BOLÍVAR

La República de Colombia se presentó a los ojos europeos como una creación semejante en desarrollo a la poderosa Unión norteamericana, mostrando en sus principios no menos halagadoras promesas. Después de que la Presidencia de Quito fue abandonada por los españoles, la nueva nación dominaba un territorio de unas 92,600 leguas cuadradas. En su organización y régimen judicial formaba aparentemente una comunidad de primer orden. Sus armas victoriosas se paseaban por todos los dominios españoles, del Pacífico hasta las fronteras de Chile. Contaba con grupos de hombres afortunados que se habían hecho famosos en célebres batallas, y con tropas que habían realizado empresas grandiosas; con competentes representantes de la cultura y sabiduría europeas, hombres de ciencia, contratados en el Viejo Continente para el desarrollo de la instrucción pública. Al terminar el primer cuarto del siglo XIX, Colombia, apenas nacida, aparecía ya ante el mundo como un centro intelectual muy cultivado, cuyo reconocimiento era aceptado por las naciones europeas, con excepción de la

Madre Patria, así como Inglaterra y la América portuguesa: tanto Inglaterra como los Estados Unidos habían reconocido y trataban a la nueva República como poder independiente. Los tiempos de Bolívar en 1825 le habían dado al país cierto crédito en los mercados europeos a despecho de muchas equivocaciones y amenazadores peligros: el Congreso colombiano que por cuarta vez se reunió en 1826 trabajaba siempre con celo y también al parecer con ventaja; año por año había dado nuevas leyes relativas al manejo del Estado, estableciendo también reglas y disposiciones para el desarrollo técnico y científico del país. El Presidente de Colombia, victorioso General e incansable legislador, tenía una auréola poco común en los primeros tiempos, y que no había sido dispensada ni al mismo Washington. Por todas partes parecía extenderse y madurar el buen sentido con el conocimiento de cuanto podía ser útil para el futuro desarrollo. Las nuevas publicaciones relativas al norte de Sur América dejaban la impresión de que allí prevalecía en realidad una vida republicana, aun cuando no completamente madura; que la organización de la sociedad y el Gobierno del país se estaban desarrollando, aunque algunas veces en formas raras; la prosperidad material se consideraba asegurada, a causa de la reputada riqueza de sus recursos naturales. Casi se tenían los conocimientos suficientes e indispensables para el progreso del país, debido a las descripciones hechas por muchos viajeros, las cuales despertaron la atención en Europa, siendo las más importantes las que Zea, discípulo de Mutis, y entonces Representante del país ante la Corte de Inglaterra, había publicado. Entre los mapas que se hallaban en circulación era el mejor el de Alejandro Humboldt.

Codazzi, desde su apacible granja de *El Serrallo*, seguía con interés ardiente todas las noticias favorables respecto a la situación americana y todos los augurios para el futuro de Colombia. No satisfecho con la monótona quietud de su vida, descontento con el cultivo de sus tierras, amargado por los asuntos políticos relativos a la Iglesia, engañado por su más querido amigo, idealizaba en tal estado de ánimo y con activa fantasía su vida de aventuras. Reuniendo mapas y libros principió a admirar al gran patriota suramericano, a quien en realidad apenas había conocido de paso, y olvidó con ligero corazón las tristes experiencias que había sufrido en Angostura y Bogotá. Anteriormente cuando estuvo allí, todo estaba verde y en embrión; pero ahora un nuevo mundo, evidentemente poderoso y en rápido desarrollo, prometía grandes cosas. Con tan halagüeños pensamientos determinó Codazzi abandonar otra vez su casa con la intención de rodar una vez más por el mundo. No proyectó nada

respecto a su regreso, olvidando su antigua nostalgia. Para evitar disgustos por intereses con su falso amigo, a quien hizo pasar como socio para que pudiera casarse, renunció a todo, sin pensar que su desprendimiento perjudicaba a su única hermana, y se propuso ofrecerle su espada al Libertador, el gran fundador de tres Repúblicas: Colombia, Perú y Bolivia. Esperaba el reconocimiento de sus tempranos servicios en el mar y contaba con seguridad con su extraordinaria actividad y sus conocimientos como artillero de Napoleón; se dio a la vela en Livorno el 2 de abril de 1826. Descontento de casi todos sus amigos, desengañado, emprendió viaje hacia el Oeste, dirigiéndose a Cartagena de Indias con la mayor rapidez posible. Después de una feliz travesía, que calificó como de buen augurio, desembarcó en costas colombianas, en las ardientes arenas, entre las fortalezas de la ciudad y las afueras de Jetsemaní el 24 de mayo; atravesando luego con su equipaje la oscura puerta de la ciudad, abierta en muro de la fortaleza, se dirigió al antiguo Palacio arzobispal, situado casi en frente a la Catedral, y que servía de cuartel general para el Intendente del Magdalena. Fue recibido cortésmente, pero la parte práctica de la entrevista no fue satisfactoria. El Intendente, José María del Real, se hallaba enfermo; Juan de Dios Amador, quien en su calidad de Oficial Mayor del ramo de Hacienda manejaba todos los negocios, no tenía ni deseo ni derecho para reconocer como Oficial de la República a un antiguo corsario que ni siquiera era americano, aun cuando la guerra continuaba todavía, según lo atestiguaban los gritos de los centinelas que se oían al llegar la noche, no solamente a lo largo de las murallas sino también en las calles. Cuando había probabilidades de conquistar esta famosa fortaleza española, Codazzi se había formado una idea muy diferente de la realidad. La flota colombiana, a la que con tanto gusto hubiera querido pertenecer antes, se hallaba surta en el puerto, y consistía tan sólo en una vieja fragata, tres corbetas, tres lanchas y varias barcas, al mando del Almirante Lino de Clementi; tales buques, con excepción de la corbeta *Ceres* que tenía veinticuatro cañones, correspondían poco a las necesidades de la guerra. Ciertamente no llevaban mucha ventaja a la antigua escuadra de Aury, y sin duda marchaban a su destrucción. Codazzi no podía servirle, y Cartagena no le agradó nada; las fortificaciones no se hallaban en buenas condiciones de servicio; casi todos los cañones se hallaban botados, sin cureña y oxidados; nada se había hecho en los baluartes, y la guarnición parecía, en todo sentido, sin disciplina e inútil. La impresión que le causó la primera plaza de armas no fue tampoco favorable desde el punto de vista militar; pero la ciudad, a pesar de la guerra, se hacía

cada día mayor centro comercial; por todas partes los ingleses, los americanos y los franceses mostraban grande actividad, que era vista con agrado por algunos naturales, y estorbada por otros con envidia.

El Almirante Clementi, conocido de Codazzi desde los tiempos de Angostura, elegido Ministro de la Marina colombiana, había terminado sus preparativos de viaje a Bogotá, y convenció a Codazzi de que nada bueno podía esperar en la costa, y fácilmente lo persuadió a abandonar la no prometidora ciudad. Juntos atravesaron a caballo la desolada costa, pasando por Santa Rosa, Villanueva, Sabanalarga, Aguada, Pueblonuevo, Malambo y Soledad, hasta Barranquilla, recientemente convertida en floreciente lugar comercial, donde se concentraban de día en día todas las empresas mercantiles del río Magdalena; allí se reunían los negocios de Cartagena y Santa Marta; allí estaba establecida la compañía de vapores fundada por Juan Elbers desde principio de 1824, sostenida por su fundador hasta entonces, a despecho de innumerables dificultades, pero sin haber logrado establecer un servicio regular. El primer buque construido en Barranquilla, como avanzada en la navegación del Magdalena, no había sido afortunado durante su tiempo de servicio; los viajes se habían extendido solamente hasta las bocas del Opón, hallando en todas partes obstáculos que dependían en parte de la naturaleza salvaje de la región y en parte de la barbarie de los habitantes de las márgenes del río. Se hallaba allí en el muelle de Barranquilla, que se veía rodeado de magníficas palmeras, el vapor *General Santander*, recientemente importado de Filadelfia, el cual había hecho ya dos viajes; hallábase listo por tercera vez para el transporte de personas y mercancías.

Clementi manifestó su aprobación por este esfuerzo en el desarrollo de la navegación hacia el interior; el viaje aguas arriba, que tuvo lugar durante una espantosa tempestad, pareció confirmar su opinión, y mostró al italiano un progreso casi increíble comparado con la experiencia adquirida anteriormente en el Orinoco y el Atrato. El número de forasteros era ya muy notable en todas partes; en las colonias, a lo largo del río, se hallaban ingleses y alemanes; los distritos mineros atraían numerosos suecos, a medida que se abrían al comercio. El 26 de junio de 1826 llegaron a la bodega de Conejo, donde terminó la navegación, porque el vapor, calando casi seis pies, no podía desafiar las corrientes y remolinos entre este punto y Honda. En Conejo tuvieron que demorar su viaje por falta de mulas, viéndose por consiguiente obligados a permanecer por poco tiempo a bordo, hallando así oportunidad de hacer conocimiento con los pasajeros llegados de Bogotá para el viaje



de regreso, entre quienes figuraban Juan Anderson, representante de los Estados Unidos; Guillermo Utherland, cónsul de Inglaterra, y varios miembros del Congreso. No fue nada agradable para Codazzi saber, por estas nuevas autoridades, que ya el cuarto Congreso colombiano se había disuelto, y que los principales asuntos del Gobierno en Bogotá se hallaban en manos de una partida de hombres que no podían disponer de un centavo, por falta de recursos. El 15 de julio principiaron Clementi y Codazzi su cabalgata hacia Bogotá. En la noche del 16 al 17 del mismo, hallándose en Guaduas, tuvo lugar un violento terremoto, que en la madrugada parecía tanto más terrible cuanto que los objetos naturales al alcance de la vista, y especialmente la atmósfera, permanecían en completo reposo, no obstante las repetidas sacudidas de la tierra. Al llegar a Bogotá quedó Codazzi horrorizado al ver la ruina que hallaba por doquiera; por ejemplo, la destrucción de los últimos vestigios del Palacio de los antiguos Virreyes; a tal desolación se agregaba la consternación de los habitantes y de las autoridades: nadie parecía capaz de hallar medios de alivio para semejante miseria, siquiera momentáneos. Así pues, su primera impresión al llegar a Bogotá no fue nada agradable, a pesar de que Clementi reiteraba sus promesas. Pronto se halló Codazzi suplicante, por segunda vez, ante el Vicepresidente Santander, y de nuevo le fue imposible obtener favorable respuesta. Las semanas pasaban entre arreglos, promesas y halagüeñas palabras. De pronto se le ofreció una nueva esperanza: el regreso de Bolívar, quien creía haber cumplido su misión militar en las regiones del Pacífico.

Bogotá, como capital, ofrecía poco incentivo para el italiano, quien se sentía cada día más inquieto allí, aun cuando había sido representada en Europa, por los escritos de Mutis y de Caldas, como el asiento de las musas y centro de las artes y las ciencias. El lugar no correspondía en manera alguna al ideal que poco antes se había hecho de él en su propia casa, figurándose como una poderosa comunidad republicana. La presencia de forasteros de todas nacionalidades demostraba que el exclusivismo de los tiempos coloniales había pasado ya; además, el prevaleciente y hasta cierto punto ofensivo gusto por uniformes originales, le indicaban al soldado de Napoleón que los tiempos de guerra con sus privaciones también habían terminado; mas no era posible hallar una feliz perspectiva de un porvenir pacífico. En ninguna parte se veía un entusiasta impulso de progreso; en ninguna parte un poderoso adelanto: por doquiera ansiedad y falta de dinero. La condición financiera de Colombia había sufrido una repentina catástrofe con

la quiebra de la casa Londo-hamburguesa de Goldsmith & C<sup>a</sup>, que había suministrado el empréstito. El Congreso americano, que se reunió por primera vez en Panamá, y del cual se esperaba tanto, aun como contrapeso para la alianza entre los países católicos de Europa, no prometía ya resultado práctico, puesto que los Estados Unidos insistían en imponer su voluntad. En todos los asuntos políticos se había mantenido al público con esperanzas: aún en los asuntos interiores del país, éstas y los proyectos se confundían con la acción. Por ninguna parte se veían signos de adelanto en la organización de la República; aquí y allí levantábanse insurrecciones; en Valencia, capital del Departamento de Venezuela, había tenido lugar una protesta pública contra el poder de Bolívar; sin embargo, Mosquera, aquel valeroso Jefe militar, había ensayado proclamar en Guayaquil, ciudad principal del Departamento de Quito, la dictadura del Libertador. Codazzi se mantuvo en un principio ajeno a los asuntos, porque éstos no despertaban sus simpatías; había esperado encontrar en Bogotá elementos europeos de mayor cultura y los privilegios naturales tan apreciados por Zea, pero mucho de esto resultaba ilusorio. Zea, antiguo discípulo de Mutis, quien unos veinte años antes había tratado de fundar una Academia de Ciencias en Bogotá, como buen hijo de su raza no había sabido conservar el entusiasmo de la juventud, y no sabía distinguir entre el deseo y la obra, entre querer y poder. En el año de 1822 trató de llevar a cabo algo relacionado con sus juveniles proyectos: hallándose en París se propuso establecer en Bogotá la Academia de Ciencias por medio de sabios profesores enviados de Europa; tal proyecto despertó general simpatía, gracias al apoyo, no solamente bondadoso, sino sin egoísmo, del joven Humboldt. Mariano Eduardo de Ribero, peruano, fue enviado por Zea a Bogotá el 1<sup>o</sup> de mayo de aquel año, como Director del ramo de minas; debía establecer allí, como lo había hecho en otro tiempo Enrique de Umaña, una Escuela de Minas, un Gabinete de Mineralogía y otras instituciones semejantes, como sucesor técnico de su predecesor D'Elhuyar. Juan Bautista Boussingault, hombre entusiasta, con muchos puntos de semejanza con Humboldt, fue escogido poco después, el 28 de mayo de 1822, para establecer un Gabinete de Química y regentar esa cátedra en la Universidad de Bogotá, necesidad que Caldas había reclamado con tanta urgencia. Antes de llegar Codazzi ya Boussingault había adquirido mucha experiencia como viajero y gran conocimiento de los habitantes, puesto que en su nueva patria había hecho ya numerosas exploraciones; se ocupaba especialmente en sus observaciones científicas durante la infortunada noche del

terremoto, estudios que de otra manera habrían quedado ignorados, a causa de la superstición y terror de los habitantes; en vano esperaba la apertura de aquella Escuela de minas. Igualmente se hallaban en Bogotá los profesores Francisco Desiderio Roulin, para la cátedra de Anatomía; Justino)María Goudot, para la de Zoología, y Jaime Bourdon, para dirigir el Museo Nacional como parte de la Academia. Zea conservó hasta su muerte, que ocurrió en Bath el 28 de noviembre de 1822, el convencimiento de que los contratos celebrados con aquellos hombres notables contribuirían a recuperar en Bogotá mucho de lo destruído en tiempo de Morillo. Los científicos extranjeros habían ido de La Guaira a Bogotá; luego al río Meta; en seguida a Antioquia, y de allí al Chocó, trabajando indudablemente con entusiasmo y consagración, pero sin hallar en parte alguna, ni aún en la misma capital, el debido aprecio por sus investigaciones y trabajos. Cuando Zea, cercano ya su fin, quiso llevar a cabo el plan de la Academia, no podía ya contar con la ayuda de Sinforoso Mutis, puesto que éste, después de su prisión en Cartagena, había perdido su entusiasmo e interés, no sólo en las ciencias, sino en todo lo que no fuera política; en la misma situación hallábase también el honrado anciano Valenzuela, y aún Domínguez parecía completamente indiferente a tan elevados proyectos; solamente las naturalezas bien templadas se habían salvado de semejante naufragio; Matiz acompañó a los profesores extranjeros en varias expediciones, especialmente en la que hicieron a conocer las antigüedades descubiertas por Caldas en Timaná, y adonde años antes había acompañado a Humboldt. Céspedes, quien había pasado los malos tiempos como capellán de un regimiento, aún era capaz de entusiasmo tratándose de la botánica en el sentido más limitado, y recordaba con gusto su corta amistad con Caldas. En la republicana Bogotá no había tiempo para pensar en la proyectada escuela de Zea, la cual, sin embargo, había sido ponderada y glorificada apenas muerto su fundador, como una obra llevada a cabo. No obstante la amistosa y simpática ayuda de Boussingault, Roulin y sus colegas, Codazzi hubo de convencerse bien pronto de que en los intereses intelectuales prevalecía allí la misma opresiva indiferencia que en los políticos. De los numerosos amigos de Mutis y Caldas solamente uno seguía llamando la atención de los círculos intelectuales: el encantador, el ilustradísimo Restrepo, quien ya no se ocupaba en estudios de Ciencias Naturales, sino que se hallaba entregado a la preparación de una historia de la revolución colombiana, obra que se proponía dedicar a Bolívar.

Codazzi esperó; ¿porqué había de preocuparse, cuando podía obtener la ayuda de un hombre que en aquellos mo-

mentos tenía más poder en su mano que ningún otro en el Nuevo Mundo? Más que un virrey antiguo y que Washington, durante la guerra norteamericana. Codazzi contaba confiadamente en Bogotá con que su nuevo encuentro con aquel hombre todopoderoso había de ser afortunado, puesto que gustaba rodearse de Oficiales extranjeros, si eran de raza latina: franceses o italianos.

El 10 de noviembre de 1826 salió Santander con todo su séquito de Ayudantes y Oficiales al encuentro del *Padre de la Patria*. Clementi hizo que Codazzi lograra formar parte de la comitiva. Así pudo contemplar a su ideal en la ciudad de Tocaima: el gran patriota era ahora evidentemente un hombre enfermo y exasperado. «Nunca podré olvidar la impresión que me causó aquel espectáculo,» escribía Codazzi veinte años después. Hubieron de pasar la noche del 13 en Funza con el objeto de dar tiempo para que los bogotanos terminaran los preparativos de recepción: cuando ésta principió al día siguiente, a las once de la mañana, las decoraciones festivas podían verse por dondequiera. Bolívar se dirigió inmediatamente a la casa de Santander, donde lo más granado en belleza y valer se hallaba reunido. Codazzi no halló pronta oportunidad de hacer su petición, hasta que Clementi, con sus modales ceremoniosos y persuasivos habló por él, secundado por aquel Revenega, a quien Codazzi había conocido años antes en Angostura; cediendo a la persuasión de los venezolanos, enroló Bolívar inmediatamente en su mezclado séquito al Oficial extranjero, con ofensa para muchos hombres de la Nueva Granada. Entonces le tocó a Codazzi presenciar un espectáculo extraño: el hombre a quien hasta entonces había identificado con la libertad de Sur América había permanecido cerca de seis años ausente de Colombia; sus numerosos envidiosos y enemigos afirmaban que fuera de la persecución de los españoles, muy poco de importancia había llevado a cabo, y que el desproporcionado poder militar que había creado estorbaba el robusto desarrollo de la nueva comunidad política. Los nuevos trofeos de victoria de que Codazzi había leído tanto en su país, habían sido ganados por Bolívar en el Extranjero; ahora el poseedor de esos trofeos regresaba más y más ajeno a los asuntos prácticos de su país, y abiertamente hostil a Santander, si bien el ídolo de las masas populares. Con febril inquietud se apresuró a entrar en el ejercicio de la Presidencia. El, venezolano, hizo inmediatamente cambios por dondequiera, sin consultar a los hombres que hasta entonces habían trabajado en Bogotá en la fundación de la República. Al hallar oposición echó mano pronta y resueltamente de la cláusula de la Constitución que permitía el nombramiento de un dic-

tador; y una vez tál, declaró al momento que el Vicepresidente de las Provincias del interior debía también ejercer como defensa los mismos extraordinarios derechos, arrojando así a mala parte la nueva Constitución.

A las 7 de la mañana del 25 de noviembre un imponente Cuerpo de caballería dejaba la quinta de Bolívar, situada al pie del Monserrate, y que había sido propiedad del Virrey Arzobispo Caballero. El Libertador había determinado oponer el valor de su propia personalidad contra las numerosas intrigas que levantaban la cabeza cada día más alta en Venezuela. Un brillante séquito lo acompañó hasta *Hatogrande*, hacienda del General Santander. Al día siguiente el acompañamiento disminuyó, aun cuando Luis Montoya había ofrecido desde Bogotá una magnífica fiesta, que sería seguida de nuevos festejos. Ya en Chocontá eran contados los hombres de importancia que aún acompañaban a Bolívar; Codazzi cabalgaba lleno de tristeza con el despechado Revenga a su derecha, y a su izquierda el inquieto y angustiado médico Pedro Villarán, para alojarse en miserable hospedaje. No lejos de Pamplona, en la pequeña población de Capitanejo, tuvieron conocimiento de lo que realmente estaba pasando en Venezuela: un posta trajo el documento del 13 de noviembre, por el cual José Antonio Páez, como Jefe del nuevo Estado de Venezuela, convocó una Asamblea en Valencia, la cual debía dictar para mediados del próximo enero una Constitución especial para las Provincias de Colombia que habían formado la antigua Capitanía General de Caracas. En semejante confusión, ¿qué podía esperarse de la Unión colombiana? Era evidente que se hallaba en vísperas de la guerra civil o de la destrucción. Codazzi siguió al Libertador, quien viajaba cada día con más atrevimiento y precipitación, hasta el Rosario de Cúcuta, donde pocos años antes había sido proclamada la Constitución colombiana de tan arrogantes promesas; de allí siguió a La Horqueta, lugar situado en la confluencia de los ríos Zulia y Catatumbo, donde ya se tenían noticias de los desórdenes militares de Venezuela. De allí bajó por el Zulia hasta el gran lago de Maracaibo, extraordinaria masa de aguas rara vez navegable sin peligro y dificultades, resultantes del poder de los elementos; allí se combinan las nubes de mosquitos con los tornados, trombas, aguaceros, remolinos y corrientes. Jamás había contemplado los trópicos en tan terrorífica salvajez; mas al continuar el viaje a lo largo de la costa sur del lago, pudo gozar de uno de los más bellos y magníficos panoramas tropicales, desarrollados desde la superficie de las aguas hasta los sombríos muros de los páramos y los blanquecinos picos de la sierra nevada de Mérida. El 16 de diciembre llegaron

a la ciudad de Maracaibo, donde Codazzi debía asumir el mando de la artillería. Esta ciudad, como capital del Departamento del Zulia, había desempeñado importante papel en los principios de la revolución; después de haberse levantado contra la Madre Patria el 28 de enero de 1821, fue sitiada por el General Tomás Morales, español, quien de Cojoro, lugar en la costa goajira del golfo de Venezuela, cayó sobre Sinamaica; la oposición europea contra la revolución, que prontamente alcanzó la furia de la destrucción, continuó allí de este modo hasta el fin: por ejemplo, el Coronel republicano José Sardá, quien atravesó la península Goajira, fue rechazado, primero por los españoles en Garabuya; pero a despecho de todo esfuerzo, Maracaibo se mostró indomable, y después de una victoria naval obtenida por José Padilla, en la que tomaron parte muchos antiguos conocidos de Codazzi, Morales capituló el 3 de agosto de 1823; pocos días después la ciudad fue abandonada por las tropas españolas; tal acontecimiento se debió, en opinión de Codazzi, a la completa falta de previsión del enemigo; al renovarse la guerra apenas podía esperarse la repetición de tan felices resultados, especialmente si se efectuase un ataque por el lado de La Goajira; pero al lograr los españoles apoderarse por segunda vez de Maracaibo, dominarían no solamente una parte importante, sino también la mejor vía hacia la Nueva Granada, por Cúcuta. Los resultados de tal invasión no podían ser calculados porque en muchos puntos de Venezuela, especialmente en la región de los ríos Orituco y Tuy, aún quedaban restos realistas que se hacían peligrosos a medida que recibían Oficiales y pertrechos de España. Tales peligros fueron olvidados por algunas semanas; nadie podía pensar en Maracaibo sino en la posibilidad de una guerra civil. Bolívar declaró el Departamento del Zulia y las regiones vecinas en estado de sitio, y el General José María Carreño reunió cuanto podía ser útil en semejante lucha. Como Jefe de la artillería de Maracaibo, recibió Codazzi del Ministro de Guerra de Bogotá, y por orden de Bolívar, el nombramiento de primer Comandante de Artillería colombiano, el 10 de enero de 1827; su primer período de servicio era reconocido desde el 18 de febrero de 1818, y su permanencia en Italia, considerada como una licencia; a esto se siguió inmediatamente su admisión en la *Orden de Libertadores*, aquel raro círculo militar organizado diez años antes por Bolívar, y que parecía especialmente designado para cubrir el creciente militarismo con un manto patriótico. Aunque Codazzi se hallaba perfectamente preparado, para adaptarse a las circunstancias de su nueva morada y convertirse en un completo colombiano, la llanura ardiente de la fortaleza no era el lugar

adecuado para hacerle olvidar las ventajas de que había disfrutado en Europa; las circunstancias más favorables al comercio, el contrabando que por siglos había existido entre Maracaibo y la isla holandesa de Curazao parecía más próspero que nunca, sin que se considerara impropio o degradante; las aventureras relaciones con aquella isla y otras de las Antillas bajo el yugo español, ocasionaron la reunión en Maracaibo de hombres de diversas nacionalidades. También habían quedado allí restos de legiones extranjeras y que ejercían no escasa influencia. Codazzi adquirió especial amistad con Francisco Hall, quien se apellidaba el Hidrógrafo colombiano, y no solamente favorecía la emigración, sino que escribía sobre ella; conoció también a Enrique Weir, un semisalvaje hannoveriano, y que había tenido en otro tiempo las ventajas de una buena educación, y ahora comandaba como Coronel algunas de las fortificaciones; los recuerdos de las campañas de Napoleón acercaban a estos dos hombres, de gustos tan opuestos. ¡Cuán gloriosos hallaban aquellos tiempos en comparación con los actuales!

Este insignificante presente tenía también privaciones y duras tareas, especialmente en la situación de Codazzi. Aunque el peligro de la guerra civil parecía haber desaparecido, gracias a los esfuerzos personales de Bolívar, la lucha con España continuaba aún: las hostilidades se ejercían por medio de corsarios, perjudicando el escaso pero indispensable comercio; nada se sabía respecto a mayores expediciones, puesto que en España se habían presentado nuevas complicaciones, pero quedaba la constante amenaza de la escuadra que al mando de Angel Laborde se hallaba en aguas de las Antillas, y podía en cualquier momento desembarcar un ejército. Laborde navegaba sin rumbo fijo, a lo largo de las costas colombianas frente a Venezuela, especialmente en las de La Goajira; podía también obtener con facilidad el auxilio de los buques de guerra surtos frente a Puerto Rico, tripulados, según se decía, por el famoso General Morales, con numerosas fuerzas de tierra. En tales circunstancias, y teniendo en cuenta la experiencia pasada, Codazzi recibió el 15 de febrero de 1828 la orden para fortificar aquellos puntos donde el enemigo, viniendo de La Goajira, pudiese sorprender a los patriotas, en la parte contigua a las dos penínsulas que separan el lago de Maracaibo y el golfo de Venezuela, es decir, el agua dulce de la salada; el cañal se ensancha considerablemente hacia la izquierda. Allí, entre la ciudad de Maracaibo y la isla de San Carlos, que está cubierta de espesos bosques de manglares, se halla el pequeño lugar llamado Moján, en las bocas del río Socuy, que nace en los montes Motilones y forma

innumerables lagos antes de desembocar; en esa región, casi toda cenagosa, generalmente anegada y con frecuencia de imposible entrada, habían tenido lugar casi siempre los ataques que de La Goajira habían sido hechos sobre los alrededores de Maracaibo; por lo tanto parecía de suma importancia explorar estos lugares y luego la región del río. Codazzi emprendió esta difícil tarea de geografía militar para estudiar las corrientes, vados, pasos, caminos y otros detalles; viajando en una flechera, pequeña cañonera movida por espías (cables con que halan los marinos desde la costa), se internó en la bahía de Urabá y visitó las islas Toas, que se levantan a bastante altura sobre el nivel de las aguas, y abundan en carbón mineral y piedra de cal, y son muy áridas; exploró la casi desierta y pedregosa costa, plana y baja, hasta la aldea del Moján; de allí se internó en el río Sucuy, cuyo lejano y desnudo panorama contrastaba con el espeso follaje de las riberas y con las enormes islas de verdura flotando sobre las aguas. Todas las corrientes y brazos, inclusive los ríos Limón y Guasare, excepto el melancólico Padre Mauro, debían ser estudiados. Se dibujaron detallados mapas de estas inhospitalarias y malsanas regiones, en los que figuraban no sólo las vías y conexiones por agua, sino también los senderos de indios y los oasis que pudieran servir de campamentos de ataque.

Entonces gozó Codazzi con entusiasmo de la peligrosa vida tropical, causándole especial admiración el extraordinario lago Sinamaica, cubierto de plantas flotantes, rodeado de espeso follaje florestal, y en el centro se levantaban moradas indígenas construídas sobre estacas a flor de agua, semejantes a las ilustraciones de los libros del descubrimiento, para explicar a los niños el origen del nombre de Venezuela. Codazzi aprendió a estimar más cada día las ventajas de construir sobre pilotes, porque así se hallaban libres de las picaduras de los mosquitos. El Oficial extranjero vivía con los desnudos hijos del desierto, alimentándose, como ellos, casi exclusivamente con pescado y aves acuáticas; con su ayuda trabó buena amistad con los demás habitantes de la región, restos de diversas razas que estaban desapareciendo; indios aliles, bobures, carates, quiquires, tamares y zapares. Tales eran los nombres de aquellas tribus salvajes, cuyo significado no es posible acertar.

(Continuará)



### BIBLIOGRAFIA BOGOTANA

« La bibliografía de una ciudad, tomada en su conjunto—dice un inteligente escritor, en reciente publicación,— es la fórmula más exacta de su civilización, de las diversas



tendencias que informan su desenvolvimiento progresivo; y ordenada cronológicamente, nos da la característica histórica de las distintas épocas de su vida colectiva, viniendo a ser un índice sociológico del desenvolvimiento de su cultura» (1).

La labor intelectual de Bogotá desde su origen, a fines del siglo XVIII, puede verse en los siguientes apuntes. El fecundo publicista chileno don José Toribio Medina escribió hace unos diez años la *Historia de la Imprenta en Santafé de Bogotá*, trabajo laborioso que nos ha servido de base para el presente. A fin de adicionar algunos de sus datos y de dar otros nuevos, hemos emprendido la presente publicación. Digna de todo aplauso es la labor que llevó él a cabo. Sin haber venido jamás al país y sólo por las investigaciones que hizo en bibliotecas y archivos extranjeros, y con los datos de algunos de nuestros historiadores, logró hacer tan importante estudio. A él y a los demás autores que han laborado en este campo, los citaremos a su debido tiempo.

Bien sabemos que aquí las gentes frívolas (que son bastantes) no gustan de las publicaciones minuciosas y documentadas; pero, por el contrario, los hombres serios y de estudio, principalmente en el Extranjero, no hallan bien los trabajos de esta índole, cuando se escriben sin comprobantes y superficialmente. No hemos vacilado en preferir las burlas de las primeras, más bien que llegar a merecer las censuras de los segundos.

## SIGLO XVIII

1739

## JESUITAS

1. Compendium | privilegiorum, | et gratiarum, | quæ | religiosis societ. Jesv, | et | aliis Christi | Fidelibus In | utriusque | Indiae Regionibus | commorantibus | A Summis Pontificibus | conceduntur | (*Filete*) Sancta Fide Novi Regni | Granatensis : | Ex Typographia societatis Jesv. anni D. 1739 | Superiorum permissu (2).

En 8º

(1) Dardo Estrada. *Historia y Bibliografía de la Imprenta en Montevideo*. Montevideo. Librería Cervantes. José María Serrano, editor. 1912.

(2) Traducción: Compendio de los privilegios y gracias concedidos por los Sumos Pontífices a los religiosos de la Compañía de Jesús y demás fieles de Cristo que moran en las regiones de ambas Indias. En Santafé del Nuevo Reino de Granada. Imprenta de la Compañía de Jesús. Año del Señor 1739. Con superior permiso.

Fue el historiador señor Plaza el primero en hacer alguna investigación sobre el origen de la imprenta en nuestra capital. Publicó él, en 1852, un breve artículo titulado *Bosquejo de la historia de la prensa granadina*. Señaló allí como la impresión mas antigua, una hoja, en la cual se daba cuenta de la inauguración de la iglesia de los Capuchinos, que tenía la fecha de 1783 (1).

Luégo el señor Vergara y Vergara, en su *Historia de la Literatura en la Nueva Granada*, trató este punto, y dijo haber descubierto otra hoja volante, anterior a aquélla, la cual tenía la fecha de 1740. De estas dos hojas hablaremos adelante en su respectivo turno.

Después el señor Nepomuceno Navarro escribió en 1874 un artículo titulado *Fundación de la imprenta en América*, y allí anotó una publicación más antigua, que había hallado en la Biblioteca Nacional. Y no era una simple hoja, sino un libro, el cual tenía la fecha de 1739 (2).

En los escritos que han publicado posteriormente sobre este mismo asunto el señor Ibáñez, titulado *La imprenta en Bogotá desde su introducción hasta 1810*, y el señor Medina, titulado *La imprenta en Bogotá (1740-1821), Notas bibliográficas*, se señala igualmente ese libro de 1739 como el más antiguo que se conoce, salido de las prensas de esta ciudad. Las laboriosas investigaciones de ambos eruditos, colombiano el uno y chileno el otro, no lograron hallar nada más antiguo que esa obra, impresa en la tipografía que había traído la Compañía de Jesús (3).

Es pues ella el cimiento de nuestra bibliografía; primicia en este suelo del glorioso invento de Gutenberg, que debe guardarse con alta veneración. Hasta hoy apenas se ha citado el título, pero no se ha dado el texto completo de él, ni datos bibliográficos sobre la obra.

Esta obrita es reimpresión de una edición hecha en Roma en 1737, la cual, a su turno, fue también reimpresión

(1) El artículo del señor Plaza fue publicado en el periódico quincenal *La Regeneración* (números 4 y 5), del cual salieron unos pocos números en 1851 y 1852. Está el artículo sin firma, y el señor Laverde no lo menciona en su *Bibliografía Colombiana* entre los escritos de aquel autor; pero que es de él lo da a entender Vergara en su *Historia de la Literatura* y lo dice Ibáñez en la biografía de Plaza que publicó en el *Papel Periódico Ilustrado*, tomo v.

(2) El artículo del señor Navarro fue publicado en el periódico *La Tarde*, en los números 5 y 6, de fechas 7 y 14 de octubre de 1874.

(3) El artículo del señor Ibáñez fue publicado en la *Revista Literaria de Bogotá* (números 7 y 8), el 15 de noviembre y el 15 de diciembre de 1890, y reproducido en *La Gaceta Municipal de Guayaquil*, el 13 de agosto y 1º de octubre de 1898. El libro del señor Medina se publicó en Santiago de Chile en 1904. Es lo más completo y extenso sobre la materia.

de otra edición anterior que no conocemos (1). Hemos visto sí una obra que trata sobre estos mismos privilegios, impresa también en Roma en 1585, pero que tiene título y texto distintos (2).

Al hojear, sin leerlo detenidamente, este nuestro primer libro, se ve en tres partes de él citado el año de 1750. Cree uno, así a primera vista, que sea un yerro de la portada esa fecha de 1739, pues cómo se iba a hablar en ese año de uno posterior. Pero al leerlo se ve que se trata allí de una bula de Benedicto XIII, en la cual se da un privilegio hasta ese año que estaba por venir (3).

Tiene el libro 78 páginas, y es en todo igual a la edición de Roma. No se le ha agregado una línea, ni se le ha quitado una palabra. Las licencias que tiene para su reimpresión son las mismas que se pusieron en 1737 al impreso en la Ciudad Eterna. Aquí no se le agregó ninguna nueva licencia.

Tales licencias dicen así:

*Reimprimatur. Si videbitur Reverendissimo Patri Magistro Sacri Palatii Apostolici n. Baccari Episc. Bojanen. Vicesgerens, y Reimprimatur. Fr. Jo: Benedictus Zuanelli Ordinis Praedicatorum Sacri Palatii Apostoloci Magister.*

En la Biblioteca hallamos un volumen empastado en pergamino, el cual contiene diez ejemplares, exactamente iguales, de la obra de que tratamos. No nos explicamos de qué proviene tal bizarrería, hecha en lejanos días (4).

No conocemos de este incunable bogotano, fué de esos diez ejemplares, sino uno que posee nuestro colega el

(1) Esa edición de Roma dice: *Romae MDDCXXXVII. In Officina Komerekiana*. Es palpable el yerro tipográfico en la fecha; púsose una *D* en vez de *C*. El Catálogo de la *Biblioteca Nacional*, hecho en 1853, puso acertadamente, al mencionar este libro, 1737, pues parece ser ésta la fecha exacta,

(2) El título de ésta es: *Compendium | Facultatum | & Indulgentiarum quae Religiosis | Societatis Iesu & aliis Christi | fidelibus, in Indiarum Orien | talium, & Occidenta | lium Prouinciss con | ceduntur | (viñeta) | Romae | In Collegis eiusden, Societatis. MDLXXXV. | Cum facultate Superiorum.* (Biblioteca Nacional. Obras en latín. Estante 105, número 4).

(3) *Concessit ad decennium Gregorius XIII. 4 novembris 1579. confirmarunt Successores; innovavit, & extendit usque ad annum 1750. Benedictus XIII, in citata bulla: animarum salutis.*

(4) La obra está mencionada en el Catálogo de las obras en latín hecho en 1856 (Imprenta del Estado), en el estante 105, número 9, y allí se halla. También se le menciona en el Catálogo de la Biblioteca Pineda hecho en 1857 (Imprenta del Estado); pero no aparece en los Catálogos posteriores de esta última publicados en 1872 y en 1873 (Imprenta de *El Tradicionista*). Tampoco estaba en el primer Catálogo que se editó de dicha Biblioteca en 1853 (sin nombre de imprenta). Ese ejemplar parece que desapareció.

doctor Ibáñez. Quizás no existan otros, pues el señor Medina, que tan concienzuda y pacientemente ha investigado este punto en archivos y bibliotecas extranjeras, no halló por allí el precioso librito que abrió la era de la imprenta en nuestro país.

Bueno sería que se desencuadernase cuidadosamente ese volumen de la Biblioteca y se empastasen separadamente los diez ejemplares. Podría enviarse uno al museo, otro a la Academia de historia y unos dos o tres a bibliotecas extranjeras, como al Museo británico, donde se guardan varias de nuestras antiguas publicaciones, con gran esmero, mayor quizás que el que nosotros hemos tenido por tan venerables reliquias.

1740

## MOLINA (CARLOS)

2. Septenario al Espíritu Santo | pidiéndole | sus divinos do | nes y frutos | soberanos : | que saca a luz el doctor don | Carlos de Molina y Villa | Presbítero | (*Filete*) | En Sant. Fe de Bogotá : | En la Imprenta de la | Compañía de Jesús. | Año de 1740. | Con licencia de los superiores. |

16 páginas 8º

La obra del doctor Molina, publicada en Santafé en 1740, no la ha mencionado ningún historiador de nuestra imprenta. Ella escapó a las laboriosas investigaciones que se han hecho aquí en busca de esas primeras producciones de nuestra prensa. No debe hallarse en bibliotecas extranjeras, pues la hubiese encontrado el inteligente señor Medina, y mencionado en su obra.

Existe en la Biblioteca Nacional; allí la encontramos, en una miscelánea de cuadernos, olvidada de cronistas y bibliófilos (1).

No tiene foliatura, o fue recortada al empastar la obra con los demás folletos. Tiene la siguiente aprobación :

« Aprobación del Padre Simón Vinans, de la Compañía de Jesús, Maestro de Escritura, Examinador Sinodal, etc.

« Por comisión del señor doctor don Nicolás de Barasorda Larrazábal, Dignidad de Arcediano en esta Santa Iglesia Catedral Metropolitana, Juez oficial, Provisor y Vicario General de este Arzobispado, Sede Vacante. he visto

(1) Está sí mencionada en el Catálogo de obras hispanoamericanas, publicado en 1897.

un cuaderno, cuyo título es: *Septenario al Espiritu Santo, pidiéndole sus divinos dones y frutos soberanos*, que saca a luz el doctor don Carlos de Molina y Villa, presbítero; y no he hallado en él nada que se oponga a nuestra santa fe y buenas costumbres; mucho sí que conduzca para avivar la fe, y perfeccionar las costumbres. Este es mi parecer, salvo, etc.

« Santa Fe, y agosto 3 de 1740.

« SIMÓN VINANS »

Ningún dato hemos hallado del autor. No figura él en la *Historia de la Literatura* del señor Vergara y Vergara, ni en la *Bibliografía Colombiana* del señor Laverde Amaya. El encuentro de esta obra es no sólo un número más para la relación de nuestras primeras publicaciones, sino un nuevo nombre para la lista de escritores de la época colonial.

1740

### TORO (JUAN B.)

3 Dia | de la Grande Reyna, Y | Exercicio de vn  
dia de cada | mes dedicado al culto y me | moria de  
Nuestra Señora. | Compuesto para | aumento de la  
devocion en | las señoras Religiosas. | Por el Doctor  
Jvan | Bautista de Toro, Capellán, y | Director en  
la Congregación de | la Escuela de Cristo, sita en  
la insigne Capilla del Sagrario de | la Iglesia Me-  
tropolitana de la | ciudad de Santa Fé del Nu | evo  
Reyno de Granada en las Indias Occidentales. | Im-  
presso en la Imprenta de la Compañía de Jesvs. | A  
costa de Diego Muytenx.

En 8º

La obra del señor Toro, *Lia de la Gran Reina*, no tiene fecha, ni dice el lugar donde ella fue impresa. De ahí que se haya dudado de que sea obra publicada aquí. Unos lo han negado rotundamente, otros lo aceptan y aun le señalan una antigüedad mayor a la que tiene en realidad.

Vergara y Vergara, primer escritor que habló de ella (1867), dice que este libro parece impreso en Santafé, y muchos años antes de 1740, pero como no existen sobre esto sino presunciones, no puede en buena lógica de historiador aceptarlo así, tratándose de asunto tan importante (1).

(1) *Historia de la Literatura en la Nueva Granada*, capítulo vii.

Caicedo Rojas trató sobre este libro en sus *Recuerdos y Apuntamientos* (1886). No sólo cree que fue publicada aquí dicha obra, sino que ella es de 1711. Se fundó para esto en un libro hecho en Madrid en 1808, sobre el mismo tema, en el cual se dice que aquí se publicó en aquel año. Esto hace pensar al señor Caicedo que en Santafé había imprenta desde 1711 (1). El error en que incurrió el editor en Madrid, y en el cual cayó el señor Caicedo al ver el ejemplar que existe en la Biblioteca Nacional, lo ocasionó el tomar la fecha de la licencia (1711), por el año de la impresión (2).

En el mismo mes en que el señor Caicedo publicaba su artículo en el periódico de Alberto Urdaneta, daba a luz el señor Caro, en el *Repertorio Colombiano*, un escrito sobre don Juan Bautista Toro, y en él decía:

« Esta edición, sin lugar expreso (Santafé), ni año, es importante en la historia de nuestra imprenta, por su relativa antigüedad . . . . .

« El hecho es que estando escrito el libro cuando no había imprenta, y habiéndose impreso luégo, debe ser o la primera, o una de las primeras ediciones, y anterior probablemente al *Compendium privilegiorum et gratiarum*, 1739, que es la impresión bogotana de más antigua fecha conocida que tenemos, aunque no citada por los que han escrito sobre la introducción de la imprenta en la América española » (3).

El doctor Ibáñez refuta la opinión del señor Caicedo, y se inclina a creer que el libro no fue impreso en esta ciudad.

Don J. T. Medina menciona esas opiniones de Caicedo, Vergara e Ibáñez, pero como no tuvo ocasión de ver el libro, por no haberlo hallado en el Extranjero, se limita a hablar de esas opiniones, y no lo incluye, por consiguiente, en la enumeración de nuestros primeros libros.

Nuestra opinión es que esa obra sí fue impresa en Santafé, pues el formato, el papel, los tipos, las viñetas, son iguales a los dos anteriores libros que hemos mencionado (4).

(1) *Papel Periódico Ilustrado*, tomo v, número del 28 de octubre de 1886.

(2) No conocemos esa obra publicada en Madrid, pero por la transcripción que él hace de un párrafo, se ve que no es reimpresión, como se ha creído, sino un trabajo distinto sobre el mismo tema.

(3) *Repertorio Colombiano*, octubre 1886, artículo titulado *Curiosidades literarias*.

(4) En una novena impresa en Sevilla en 1778, en la Imprenta de las Siete Revueltas, hay los mismos adornos, pero un poquito más pequeños y los tipos distintos.

Dice en su portada que fue impreso a costa de Diego Muytenx. ¿Y quién fue este generoso Mecenas?

En la *Historia de la Capilla del Sagrario*, que escribió el señor Eladio Vergara, hallamos algún dato sobre el señor Muytenx. Fue él nombrado Mayordomo Tesorero de dicha iglesia cuando murió el señor Toro, cuyo fallecimiento tuvo lugar en 1730. Allí se dice, al relatar algunos conflictos que ocurrieron por este nombramiento, que era casado, de avanzada edad, tenía salud achacosa y que duró en su puesto hasta el año de 1748 (1). Era, como se ve, un vecino de Santafé, en esa época de la imprenta jesuítica, y fue, sin duda, aquí donde hizo el gasto para la publicación.

De que fue impreso en Santafé, no nos queda duda, pero no tenemos datos para precisar el año de su impresión. Pudo ser en 1739 o en 1740. Pudo ser anterior a los dos libros que ya hemos mencionado, o pudo ser posterior. Sobre esto sólo hay hipótesis, que en historia son de poco valor.

Que fuera publicado en 1711, ya vimos que eso no tiene fuerza ninguna, pues en este año se dio apenas la licencia, y luégo en España se le dio también en 1714.

El mismo señor Toro, en otra de sus obras, *El Secular Religioso*, que escribió cuatro años después, consigna, ocasionalmente, un dato sobre su primer trabajo. Allí dice, al hablar de los deberes religiosos de los seglares:

«Cada mes puede señalar un día, en que retirado, se dedique a tratar, y orar a la Santísima Señora. Para este fin tengo al presente remitido un cuadernito para que se imprima en España; porque en estas partes de las Indias en que me hallo, no hay imprenta; cuyo título es: *Día de la grande Reina*» (2).

El libro sí fue a España en 1714, pero volvió aquí manuscrito, tal como se fue; Muytienx lo hizo imprimir, seguramente en los años posteriores a la muerte de Toro (3). Su amistad con éste, a quien sucedió en el cargo de Mayordomo de la Capilla, o sus deberes en este empleo, lo llevaron a hacer esa publicación.

En la imposibilidad de dar la fecha precisa de este libro, lo colocamos en este año de 1740. Quizás los jesuítas

(1) *La Capilla del Sagrario de Bogotá*, 1886. Bogotá. Imprenta de los Niños Desamparados. Editor, Alfredo Greñas.

(2) Este libro tiene las aprobaciones con fecha de 1715 y se publicó en Madrid en 1721. El párrafo citado se halla en el Libro I, párrafo 237, y de allí lo hemos tomado. En la pista de él nos puso una referencia a dicho párrafo que hace el señor Caro en su mencionado artículo, bien que hay un ligero error en la cita del párrafo.

(3) La muerte de Toro fue, según don Eladio Vergara, en 1730 y según el señor Caro, en 1734.

le dieron preferencia, como era natural, a la publicación de sus privilegios y gracias. Esa suposición nos hace pensar que no fue anterior la obra de Toro al libro de 1739, sino que vino después de éste. Pero ¿sería antes que el de Molina, el cual no tenían porqué preferirlo al de aquél? Difícil resolver esta duda.

El señor Toro escribió otra obra además de las dos nombradas, titulada *Defnitionarium morale sive definitiones Theologiae moralis confessarijs valde utiles ac necessariae ex varijs selectis Auctoribus collectae*, la cual fue impresa en Córdoba, en 1730.

El retrato del señor Toro, hecho por Vásquez, se encuentra en la Capilla, dice el folleto sobre esta iglesia, que ya hemos citado.

En la obra del presbítero don Juan de Olmos, que cita Vergara, sobre la vida de una monja clarisa, se dice que el doctor Toro estaba en Santafé en 1707, y luego también en 1727, cuando murió dicha monja. (1).

En el Catálogo de la Biblioteca, publicado en 1897 (obras hispanoamericanas), se le pone a la obra de Toro, después del título: *Santafé, 1714*. Se guiaron los autores de ese Catálogo, sin duda, también por las licencias. En la lista de la Biblioteca Quijano Otero también figura este libro, y allí dice simplemente *Bogotá*, sin fecha alguna.

Después de la página 96 empieza otra obra, con paginación distinta, pero fue impresa para ser continuación de la anterior, pues al fin de la página 96, y después de la palabra *Fin*, hay la sílaba *De*, que es el principio de la palabra *Devoto* de la portada siguiente.

Se titula esta segunda parte o tratado adicional:

✠ Devoto ejercicio, o | novena, : En memoria de los Dolores y gozos del | Señor S. Joseph que podrá hacer sus De votos, comêzandolo el día doce de Mar | zo ò en qualquier tiempo de el año, quâ | do quisieren alcanzar de este Gloriosissi | mo Patriarca algû particular favor ó cõse | guir el remedio de algû trabajo ò afficciõ. | Compuesto por el Doctor D. | Juan Bautista de Toro Director de la Con | grega-

---

(1) Vergara y Vergara cita a este autor y reproduce el prólogo, pero no dice si la obra fue publicada. Creemos que está inédita, pues en la Biblioteca hemos visto el manuscrito. En él se ve que esa primera fecha es 1707, y así se comprende en el texto, y no 1727, como se puso en la *Historia de la Literatura*, por yerro tipográfico.



ción de la Escuela de Christo sita en la | insigne Capilla del Sagrario de la Metropo | litana Iglesia de Santa Fe del Nuevo Rey | no, y Examinador Sino- dal de su | arzobispado. 23 páginas.

1740

## HOJA VOLANVE

4 En Santa Fe de Bogotá, en la Imprenta de la Compañía de Jesús. Año 1740.

Vergara y Vergara trae en su *Historia de la Literatura* este párrafo, que ya habíamos citado antes:

« La introducción de la imprenta entre nosotros había sido colocada por nuestros historiadores en 1789: el mismo Plaza, tan laborioso investigador, no tenía conocimiento de otro impreso más antiguo que el de la inscripción conmemorativa de la erección del templo de los capuchinos, en 1783; después se descubrió una providencia del Visitador Piñeres, impresa en Bogotá en 1770; la publicación de la *Vida de la Madre Castillo* reveló que la imprenta existía en Santafé en 1746, y últimamente descubrimos una hoja que tiene al pie la siguiente dirección:

“ En Santa Fe de Bogotá, en la Imprenta de la Compañía de Jesús. Año 1740 ” » (1).

Este es todo el dato que tenemos de tal publicación.

Con mucha razón lamenta el señor Medina que no hubiese dicho autor dado alguna otra indicación, siquiera el título, y que se hubiese limitado a transcribir el pie de imprenta.

Hemos buscado esa hoja en bibliotecas y archivos, y no la hemos hallado. La palabra de Vergara hace fe pública, y por eso, aun cuando no se conozca de esa hoja ningún dato bibliográfico, debe ser colocada entre las producciones de la Imprenta de la Compañía de Jesús, y en el año por él indicado.

Y aquí paran las producciones de esa tipografía de los jesuítas. Hizo, sin duda, en esos dos años hojas volantes, inscripciones, tiquetes, quizás otros folletos, pero nada de ello se ha conservado.

---

(1) La primera edición de la obra de Vergara fue publicada en 1867.

Perdidas están para siempre, a no ser que se conserven en los archivos y bibliotecas de la Sociedad.

El hecho que parece evidente es que después de 1740 nada salió de tales prensas, y que esa pequeña imprenta desapareció completamente.

La razón de este raro acontecimiento es, seguramente, la que ha hallado el señor Medina. El Consejo de Indias negó en febrero de 1741 a la Compañía de Jesús la licencia que solicitó para establecer imprenta en el Nuevo Reino de Granada.

« Parece pues, dice dicho autor, que la Orden solicitó la licencia después de llevada la imprenta. Es posible, asimismo, que en vista de la denegación se suspendieran las impresiones que los jesuítas habían comenzado a hacer, ya que no se conoce ninguna posterior a 1740 » (1).

No fue el motivo para cerrarse la imprenta la expulsión de los hijos de San Ignacio de Loyola, pues ésta no ocurrió sino en 1767, y nada aparece en estos veintisiete años salido de su taller. No existía ya tampoco la imprenta cuando se ejecutó el decreto de Carlos III, pues no figura ella en la lista de sus bienes, según dice Ibáñez, y que fue lo que se llamó *temporalidades*.

Muda queda la prensa santafereña durante treinta y seis años. Había de transcurrir más de un tercio de siglo antes de que el precioso invento hecho en Maguncia volviera a aparecer al pie de este ramal de los Andes, en los días seráficos de la colonia.

La imprenta existía aún en 1746, bien que sin funcionar, pues en una carta escrita en Santafé en tal año, por el Padre jesuíta Diego de Moya a una monja tunjana, le dice lo siguiente :

« Ya expliqué mi reparo, y me cuesta buena vergüenza y cortedad : ahora Vuesa Reverencia paga, según su arbitrio, lo que tuviere mejor, considerándolo si será justo sacar este despertador, que renueve la edificación común, cuando va cayendo en olvido la venerable Madre, y cuando ya han muerto algunos émulos que envidiaron sus alabanzas. Pues hay imprenta bastante para este efecto en nuestro Colegio Máximo de Santafé, que por este medio se podrán descubrir otros papeles, que andan en varias manos dispersos, y se adquirirán mayores noticias de su vida, que otros sin duda tendrán : con lo cual, y con ver que todos engrande-

---

(1) El señor Medina cita en apoyo de esto un documento irrefutable, y es el informe dado al Consejo de Indias por su Fiscal, en la instancia de don Alejandro Coronado para establecer una imprenta en Quito, en el cual se afirma tal hecho.

cen sus obras, cobraré yo más esfuerzo para escribirlas, y más materiales que historiar, para darla más a conocer a todos.

«Perdone Vuesa Reverencia mi osadía, que ha cuatro años que tengo reconcentrada en mi corazón: y así, ocultándome a todos, si ésta empresa le agrada, escriba al Padre Provincial y a su hermano don Luis y al Padre Ignacio Meaurio (al Padre Casanova le he hallado tibio en estas cosas), para que hechas las diligencias de exámenes y aprobaciones, se ponga el sermón a la prensa, lo cual hará el hermano Francisco de la Peña, que es impresor de oficio, y aunque ahora está de labrador en el campo, podrá venir a imprimirlo, supliéndole otro el ministerio de su hacienda, que es el *Espinan*, por un par de meses, a lo más largo. Y todo se podrá facilitar, más si también las Madres graves, expresando su deseo, escriben con empeño al Padre Provincial, y asimismo los hermanos de Vuesa Reverencia, ofreciendo costear la impresión, que como se han estampado catecismos y novenas, podrá esta obra, semejantemente, imprimirse en cuartilla, pues hay moldes y letras suficientes para esto, pero siempre Vuesa Reverencia resérveme en el mayor silencio con todo, aun sus mismos hermanos y mucho más los Padres de casa; mire que conviene sumamente, porque a Vuesa Reverencia es a quien se ha de deber esto, y puedo proponerlo y promoverlo como invención solamente suya, sin que a mí me pueda nadie traslucir. Yo no busco, en sugerir esta especie, mi aplauso, sino que me remuerde y reprende la conciencia de no advertirlo, y aunque he procurado divertirme de este pensamiento, continuamente me culpa el conocimiento de lo que la venerable señora se merece, y que se le quita a Nuestro Señor no pequeña gloria y a los lectores mucho fruto.»

Esta carta fue publicada en 1817 en la *Vida de la Madre Castillo*, y fue la revelación de que la imprenta existía aquí en 1746. Ese documento se tenía como base de dicha afirmación, antes de descubrirse la hoja de 1740, y el libro de 1739, que van aquí marcados con los números I y IV (1).

Esa carta nos dio también el nombre del primer impresor. Las frases del Padre Moya comprueban que la prensa

---

(1) Vergara y Vergara publicó algunos fragmentos de esa carta, que los reprodujo el señor Medina. No la publicaremos tampoco nosotros íntegramente por no tener el resto mayor interés para el asunto, pero sí reproducimos completos los dos párrafos relativos a la cuestión de imprenta. La *Vida de la Madre Castillo* no se publicó en 1746, como se ha creído, sino en 1817, en Filadelfia; ni se han hecho dos ediciones, cosa que también se ha escrito. Son dos obras distintas: la publicada en el año y ciudad mencionados, y la publicada en Bogotá, en 1843.

santafereña estaba inactiva. ¿Ignoraría él la prohibición, o ésta habría sido revocada? El hecho evidente es que no se trabajaba sobre los tipos en ese año, y que el impresor se había dedicado a trabajos de campo.

En la lista de los jesuítas embarcados en Honda, en agosto de 1767, para ser enviados al destierro, aparece el Padre Francisco Peña, que sin duda es el mismo citado en la carta del Padre Moya (1).

El historiador de la Compañía de Jesús, señor Borda, ningún dato nuevo da sobre esa imprenta, y así lo hace notar el señor Medina. Se limita a citar las palabras de Vergara. Tan sólo refiere que esa imprenta existía aún en su tiempo, en el Colegio de San Bartolomé, como una reliquia preciosa, y que fue vendida al peso, al ser expulsados los jesuítas (2).

Dudamos de que esa imprenta estuviese allí después de transcurrido más de un siglo, sin haber dado muestras de vida, y que hubiese sido respetada en las dos anteriores expulsiones (1767 y 1850). No parece tampoco exacto que de esa imprenta saliese la proclamación de la República, como dice dicho autor, pues ya hemos visto que ella nada produjo después de 1740.

Hemos visto una Cédula de 11 de febrero de 1753, dada en el Buen Retiro, en la cual se pide a la Real Audiencia de Santafé informe los motivos por qué no se había publicado aquí la Bula de la Cena, y si consideraba inconveniente que se publicara en adelante. Esto obedecía a que el señor Arzobispo Arauz había participado, en carta de 22 de marzo de 1752, que el Virrey había dicho en algún auto o sentencia no estar en práctica dicha Bula.

Quizás sea esto una prueba de que no había imprenta en ese año, cuando no se publicaba un documento tan importante. Pero parecé que la palabra *publicación* no está en la Cédula como sinónimo de *impresión*. Publicar quiere decir ahí darla a conocer al público, lo cual parece se hacía en la iglesia, en determinado día. Citamos, sin embargo, ese documento, por si acaso él se refiere a la imprenta.

Vamos ahora a ver la aparición, en esta capital, de un nuevo taller, y de un nuevo impresor, que había de editar trabajos de gran trascendencia en nuestra historia.

E. POSADA

(1) Véase esta lista en Groot, segunda edición, tomo 2º, Apéndice 11.

(2) J. J. Borda. *Historia de la Compañía de Jesús en la Nueva Granada*. Poissy. Imprenta de S. Lejay et C. 1872.

## APOSTILLA

## CXXIX

Hablámos en la apostilla cv sobre la leyenda de don Angel Ley, y manifestámos el deseo de averiguar lo que hubiere de verdad en tal tradición.

Hemos hallado recientemente un folletico sobre el mencionado Capitán, en el cual se rectifican las dos publicaciones que se hicieron ahora tiempos sobre esta vieja crónica, y en el cual se asegura que todo ello es una fábula. Al ejemplar del folleto que hemos visto le falta la portada, y por esto ignoramos quién fuese su autor. Al fin dice únicamente *Nar.* Fue publicado en Bogotá el 7 de febrero de 1847, en la Imprenta de Espinosa, por José Ayarza.

Allí dice que don Angel era de origen irlandés, nació en Cadiz, y fueron sus padres don José Diego de Ley y doña Isabel Marquesi. Tuvo seis hermanos, y todos fueron traídos por su padre a este país en 1779. Don Angel tenía entonces siete años. No es pues exacto que llevase en España vida licenciosa y viniese desterrado. Aquí perdió a sus padres, y entró de cadete a los doce años, puesto en el cual duró hasta la edad de veintitrés, en que se entró fraile, o sea en el año de 1795.

« Es falso—dice el folleto—que Luisa Sandoval existiera en esta capital, ni que Antonio Romero, o el Subteniente Guzmán hubieran sido nunca los compañeros de don Angel.»

Allí se refiere sí un episodio que movió a don Angel a tomar la vida monástica. Hallábase en un suntuoso baile y llegó allá la noticia de haberse ahogado esa misma tarde, en el río Tunjuelo, don Francisco Antonio Tobar, uno de sus mejores amigos.

El cadete Ley, que tenía vocación para la vida conventual, según dice el folleto, sintió en esa hora irresistible impulso hacia ella, y al día siguiente emprendió camino al monasterio de San Diego.

El señor Arzobispo fue a examinarlo sobre su determinación a nombre del Virrey, y don Angel le dijo:

« Mucho tiempo hacía, señor Ilustrísimo, que deseaba ser fraile, y el Cielo me lo concedió; mi corazón no respira ya las emulaciones de la vanidad, y libre de remordimientos he querido aquí sepultar mi espada con mi cuerpo.»

Esto refiere la publicación que citamos, y agrega:

« Enajenado el Prelado de tanta resolución, le estrecha tiernamente, dejando en sus pupilas una lágrima.»

Se anota igualmente que el Virrey nunca fue a San Diego, como se ha dicho, y que tan sólo quiso saber por medio del Arzobispo « si algún resentimiento habría movido a don Angel a buscar el convento, pues esto era presumible, y no menos infundado. »

El Padre Ley murió en 1838, de edad de sesenta y seis años.

Ignoramos si los señores P. Pereira y J. M. T. respondieron algo a este folleto. En todo caso, resulta que en el fondo de la leyenda hay algo de verdad: la repentina entrada al convento por la muerte de un sér amado.

El autor del folleto da a entender que se ha tomado el argumento de una poesía de Zorrilla, y la atribuye a los delirantes ensueños del romanticismo.

En el diario de J. M. Caballero (*La Patria Boba*) se registra la muerte del señor Tobar. Dice así, en el día 2 de agosto de 1795:

« Se ahogó don Francisco Tobar y Buendía en el río de Techo, y hasta los cuatro días lo encontraron, sin habérsele caído nada de la ropa, plata ni reloj. Lo sepultaron en la capilla de Nuestra Señora del Topo. Era un buen caballero. Regidor. »

E. POSADA



### INTERESANTE DOCUMENTO

(Derrotero de un camino de la ciudad de Pasto al Amazonas, por el río Putumayo, formado en 1785 por don Ramón de la Barrera).

#### ORDEN COMUNICADA A DON RAMÓN DE LA BARRERA

Estando tratando de establecer algunas misiones para la reducción de los indios infieles establecidos en el río Putumayo, y deseando facilitar a dos religiosos destinados por esta parte con ese objeto, todos los auxilios conducentes a su subsistencia y al fomento de su importante comisión, se me ha noticiado de las proporciones que ofrece a mis deseos la comunicación de dicho río, desde esa ciudad, por la parte de Sucumbíos. Por tanto, y porque el giro y correspondencia al Marañón, por esa parte, puede ser útil al servicio del Rey y del Estado, en la circunstancia de estarse haciendo la división de los terrenos que corresponden a Su Majestad Católica, prevengo a usted que despreciando noticias dudosas, me comunique aquellas ciertas que tenga y pueda adquirir, del camino que hay de esa ciudad al primer puerto del indicado río, expresándome la distancia y dificultades que ofrezca su tránsito, igualmente que la navegación hasta entrar en el Marañón, con todo lo demás que

conduzca a formar un juicio cierto de si será fácil y conveniente atender por esa vía a los expresados misioneros, y caso necesario, a los auxilios de la Expedición de Límites.

Dios guarde a usted muchos años.

Quito, 18 de junio de 1785.

JUAN JOSEPH VILALENGUA

Señor don Ramón de la Barrera.

Es copia de la que se halla en el libro de ellas en esta Secretaría de Superintendencia de mi cargo, de que certifico.

Quito, 18 de junio de 1785.

JUAN BERNARDINO DELGADO Y GUZMÁN

DERROTERO DE LAS JORNADAS Y DÍAS DE CAMINO DESDE ESTA CIUDAD DE PASTO, POR TIERRA Y POR AGUA, AL RÍO MARAÑÓN, CON OTRAS NOTICIAS CONCERNIENTES A ESTE ASUNTO, A SABER:

*Viaje por tierra.* De Pasto se marcha en cabalgadura hasta el pueblo de La Laguna, de donde se prosigue a pie a un sitio llamado *Rodrigo Pérez*, principio de un páramo sin nieve, y se rancha en chocillas que forman los indios cargueros: esta jornada es corta.

El segundo día se pasa el páramo y se baja a Santiago, uno de los pueblos que componen el curato de Sebondoy.

Tercero día, a Sebondoy, grande pueblo principal, donde reside el Cura, y dista del antedicho como dos leguas.

Cuarto día. Se sale de este pueblo por la tarde (porque se detienen los indios a componer y acomodar sus canastos con comestibles que cargan sus mujeres o sus hijos menores), y ranchan a distancia de media legua, en un llanito limpio de monte, llamado *Chaquetes*.

Desde *Chaquetes* empieza la montaña, sin que se encuentre en este quinto día, ni en los sucesivos, casa o pueblo alguno, sino el de Caquetá, de que hablaré más abajo, y se llega a pasar la noche en un sitio llamado el *Paramillo*.

Sexto día. Se pasa un riachuelo llamado *Patoyaco*, y se da fin a la jornada en el paraje llamado *Titango*.

Séptimo día. Se llega a pasar la noche en el sitio que llaman *Papagallo*.

Octavo día. Se llega y rancha en *Puca-cusma*, y desde aquí se disminuye el frío, y empieza a sentirse calor.

Nono día. Se pasa el riachuelo *Campucana*, se disminuye la serranía y se rancha en el *Partidero*.

Décimo. Se pasan unas lomillas y se baja a un llano caliente, donde estuvo fundada la ciudad de Mocoa; se pasa por vado el río de este nombre, y acaba la jornada en un sitio llamado *Las Cuevas*, porque hay algunas, y en ellas se duerme; y desde aquí empieza el temple muy ardiente.

Este día undécimo se camina por un llano bastante apacible, poblado de arboleda alta y clara, sin matorrales; lo atraviesan dos riachuelos que desaguan en el de Mocoa, al que le entran otros por la banda opuesta, y sigue su curso por la izquierda del camino de dicho llano, en cuyo fin se acaba la jornada; y si apuran, llegan a Caquetá.

El duodécimo, en el espacio de una hora, poco más, se entra en Caquetá, pueblo corto, como de veinte indios, en donde suele, por tiempo, residir un aeligioso del Colegio de Misiones de Popayán; está fundado en un terreno elevado a la orilla del río Mocoa, que es allí ancho como dos cuadras, remanso y navegable, pues por él bajan en canoas, y en dos días llegan a la boca del otro río, por el cual suben, y en medio día arriban al pueblo de *San Francisco Solano*, perteneciente a dicho Colegio.

Terciodécimo, último día. Se pártase de Caquetá, y dajando el río Mocoa a la izquierda, se toma el camino a la parte opuesta, y en un día, madrugando, se llega al puerto y embarcadero de un quebradón o riachuelo de poca agua, nombrado *Pichipa-yacu*, y estando prevenida y pronta la canoa, prosiguen en ella un corto trecho, hasta una playa donde se rancha, y da fin la jornada de este dicho día, y se acaba el viaje por tierra.

Según queda referido, se ocupan trece días de camino por tierra, los nueve de jornadas regulares, y los cuatro se pueden reputar como paseo, y son: el de la salida de Pasto, el del tránsito de *Santiago* a *Sebondoy*, el de la marcha de este pueblo a *Chaquetes* y el de la entrada a Caquetá. Un peón ágil y ligero, como *chasqui*, lo anda en seis días.

Todo es camino abierto, trillado y traqueado, así por algunos de Pasto, como por los indios sebondoyes, que van a lavar oro y a recoger y sacar barniz, peje, coco, cera y espingo de aquellos ríos y montañas.

En los citados dos pueblos de Sebondoy, y en el tercero más pequeño, llamado Putumayo (por la inmediatez al origen del río de este nombre), habitan cerca de doscientos indios tributarios, robustos, montaraces y prontos a conducir cuantos tercios hubiere, por sólo la paga de ocho reales, el peso de cada arroba, de Pasto a Caquetá, y si pasan al



citado puerto de *Pichipa-yacu*, se les añaden cuatro reales por cada tercio de tres o cuatro arrobas, que es lo regular que cargan.

*Viaje por agua.* Desde la referida playa se baja por dicho río *Pichipa-yacu*, el que se une con otro llamado el *Guineo*, y en ambos se sale al de Putumayo, por el cual se prosigue a pasar la noche en un sitio llamado *San Juan* o en alguna otra playa.

Desde este sitio de San Juan hasta el pueblo de La Concepción se caminan y navegan cuatro días por el Putumayo.

De La Concepción se navegan, por dicho río, veinte días, para entrar en el gran Marañón. De todo lo antedicho resulta que desde el citado puerto de *Pichipa-yacu*, hasta que el Putumayo entra en el Marañón, se ocupan de navegación veinticinco días, a que agregados los trece del camino de tierra, componen treinta y ocho de viaje por tierra y agua, desde esta ciudad de Pasto hasta salir al Marañón; y estoy informado de que desde dicho río, subiendo por el Putumayo, tardan casi tres meses en llegar a La Concepción.

#### DESDE EL CITADO SITIO DE SAN JUAN

hasta La Concepción median tres pueblos, que son: el de San Diego, los Amaguajes y los Mamos. De La Concepción, hasta tres jornadas más abajo median otros tres pueblos, nombrados Tapacuno, Güepí y Agustinillo, y no hay otros de dicho Colegio en todo el Putumayo, en cuyas márgenes de uno y otro lado están situados estos siete; pero por mucho tiempo han carecido de sacerdotes, hasta ahora que han entrado a estas Misiones cinco religiosos venidos de España a pedimento de dicho Colegio, pues aunque su comunidad no baja de cuarenta sujetos, muy raro de ellos se dedica a la conversión de infieles, faltando a su instituto, y descargan esta obligación en los españoles europeos, porque en parte costean la conducción, y ellos viven sosegados y muy regalados en sus celdas.

#### HA MUCHOS AÑOS VINO DE LIMA

un buen religioso extremeño, fray N. Huertas, remitido por su Comisario General, el Reverendo Padre Peón, para que visitase el Colegio y estas Misiones, a las cuales entró y salió de ellas por el antedicho camino, el que aprobó por bueno y trajinable; partió a Popayán, visitó aquel dicho Colegio, y a su regreso me expuso, que entre otras cosas, dejaba ordenado que aquellos religiosos se alternasen, en-

trando la mitad a las Misiones, y cuando éstos saliesen a descansar, entrasen los otros: cuyas órdenes, si las hubiesen observado, estuvieran muy adelantadas las conversiones. También me expuso que habían gastado muchos miles de pesos ociosamente en buscar caminos por varias partes para entrar a las Misiones, hasta que eligieron uno muy dilatado y fragoso por Timaná, siendo el más cómodo este de Pasto, donde debiera estar el Colegio, para el más pronto socorro de los Misioneros, lo que les dio a entender; y este parecer, con los demás preceptos que les impuso y por el amor que tienen a Popayán, los disgustó y acaloró para solicitar y conseguir informes, que remitieron al Rey nuestro señor, deponiendo contra el Visitador, y representando que había entrado al Putumayo por camino sospechoso, de ilícito comercio, y por este medio consiguieron fuese reprendido el Padre Huertas, y que se librase real cédula para que nadie, pena de vida (así lo publican), use de dicho camino. Con esta real orden, que dicen tienen, aterran a estos pobres pastusos, para que no entren con sus comistrages, herramientas y otros necesarios, a comerciar con los indios, privándoles a éstos la comunicación, y sujetándolos a que los frutos y producciones de aquellos territorios sean para utilidad de los Misioneros. Me ha parecido conveniente la antedicha exposición por lo que pueda importar, y por el recelo de que pongan algún embarazo sobre la entrada y establecimiento de otros Misioneros que no sean de su Colegio.

#### LAS JORNADAS POR TIERRA

Desde Pasto al puerto de *Pichipa-yacu*, y de allí por agua hasta el Putumayo y sitio de San Juan, las he caminado con el motivo de que tuve en Caquetá una cuadrilla de negros, en la labor de una mina, y porque hicieron fuga. Con esta noticia me vi precisado a entrar a dichos parajes para recogerlos, y este viaje me dio conocimiento para formar el derrotero antedicho, hasta el citado sitio de San Juan; pero ignoraba los días de navegación hasta el Marañón, y nadie lo sabía en Pasto; y hallándome en esta averiguación, llegó aquí don Javier Constaín, que vino de Barbacoas y pasó a Popayán, su patria: es sujeto veraz y me hizo la

#### RELACIÓN SIGUIENTE

«Que ahora veinte años, poco más o menos, que llegaron de España al Colegio de Popayán varios religiosos (ya son difuntos), y entre ellos el Padre fray Joaquín Gil, y que en

su compañía el expresado Constaín, siendo joven, entró al Putumayo, y ambos desde *Pichipa-yacu*, en cinco días llegaron a La Concepción, y de allí en veinte a donde este río se junta con el Marañón, en cuyo sitio recogieron algunos indios, y fundaron un pueblo con el nombre de San Joaquín, en donde permanecieron bastante tiempo, hasta que los indios, veleidosos y codiciosos, viendo que el religioso ya no tenía qué darles, se ausentaron, por cuya fuga quedaron este Misionero y el Constaín solitarios y faltos de alimentos, lo que les obligó a refugiarse en un pueblo de las Misiones portuguesas, donde se les dio el necesario socorro y un bote o canoa falcada con los correspondientes bogas: en ella, en tres meses ocho días de navegación, subieron por el Putumayo y llegaron a La Concepción. »

Por dicha relación me impuse que por dicho río, desde el *Pichipa-yacu* hasta el Marañón, se ocupan veinticinco días, y de regreso tres meses, por el viaje contra la corriente. Los ocho días menos de los tres meses que tardaron en llegar a La Concepción, los pasaron en una playa para buscar bastimentos, por la falta que padecían, y se proveyeron en el modo siguiente: Constaín, vestido de un hábito franciscano, entró por el monte, y después de haber vagado tres días, halló una casa de una cuadra de largo, y por el interior ambas bandas compuestas de aposentos iguales, y en cada una se hospedaba una familia de indios, que todos ellos, comprendió, que componían, poco más o menos, de quinientos, entre hombres, mujeres y niños; lo recibieron sin alteración y con agrado; les regaló algunos espejitos, chaquiras y otras chucherías, y les dio a entender el motivo de su viaje, y la escasez y urgencia de comestibles, lo que comprendido por el mandón, hizo aprontar porción de harina de yuca, como también la raíz, plátanos y otros frutos de aquel país, los que cargaron cuarenta indios, y con ellos retrocedió Constaín a la citada playa, donde hicieron la entrega al Padre Gil, y se volvieron a su residencia. En ella observó Constaín que la cubierta o techumbre de paja, de la referida casa, por uno y otro lado, besaba el suelo, y que los citados aposentos, además de las puertas interiores, tenían otras que daban salida al campo, y que de noche estaba un indio de centinela con su manajo de dardos. La caridad y liberalidad que practicaron contribuyendo al referido socorro, manifiesta la docilidad de estos indios, que supo era la nación Yuríes, la que hallaron a los ocho días de navegación, desde el Marañón. También supo que en las inmediaciones de los ríos que desaguan en el de Putumayo, había porciones de indios, unas parcialidades de genios mansos y suaves, y otras de altivos y feroces; pero que en toda la navegación no vieron en el río ni en sus

playas, racional alguno, sino los dos siguientes: vieron una canoilla en que pescaban dos indios jóvenes, los llamaban y ellos se retiraban; pero que a fuerza de remo, apresaron la canoilla, pasaron los prófugos a la del Padre Gil: los agasajaron, les dieron chaquira y otras cosillas, y despedidos, prosiguió el religioso su viaje, cuando pasadas dos horas vieron que la canoilla venía apresurada en alcance; la esperaron, y el resultado fue que transbordaron en la del Padre una gran porción de pescado fresco, en remuneración del obsequio recibido; y debemos admirar la gratitud y noble correspondencia de estos desdichados, sumergidos en las tinieblas de la gentilidad, por defecto de quien los instruya y alumbre, pues la virtudes morales que van referidas indican la facilidad de ser convertidos.

#### EL CAMINO ANTIGUO DE

Pasto a Sucumbíos está cerrado de monte, y aunque estuviera abierto, es rodeo para salir al Putumayo, en cuya orilla, a la mano derecha de su corriente, está fundado el ya referido pueblo de San Diego, de donde se andan dos días por tierra, hasta el río de San Miguel, por el que se sube en seis días a Sucumbíos; y este es el camino que en la presente usan los que van a comerciar con los habitantes de dicho pueblo, y a cobrarles sus tributos, por estar exentos de las Misiones y ser curato de clérigo.

#### EN CASO DE ELEGIRSE EL CAMINO

de Mocoa y el río Putumayo para la correspondencia con el Marañón y sus nuevas plantaciones españolas, deben construirse las canoas necesarias en el pueblo de La Concepción, donde hay maderas adecuadas, y los indios son hábiles para ello. Cuando en Pasto entra el invierno, entra el verano en la montaña, y para entrar y andar por ella, sin que impidan los ríos, es el tiempo más a propósito desde octubre a principios de mayo. No sé si me he olvidado de alguna noticia sustancial, aunque me he dilatado con digresiones, que tal vez son ociosas al asunto principal; pero quizá servirán, y juzgándolo así, no las he omitido, desazonando a mis lectores con la dilación y con mi rústico y confuso estilo, pero cada uno se explica como puede.

RAMÓN DE LA BARRERA

Pasto, y julio 10 de 1785.

## CARTA

Muy señor mío :

Correspondo a la de Vuestra Señoría de 18 de junio próximo pasado, por la que se me ordena y pide adquiera y participe a Vuestra Señoría las noticias más seguras, de la distancia y días de camino, desde esta ciudad hasta que el río Putumayo entra y desagua en el Marañón, en cuya observancia he formado y remito el incluso derrotero, con algunas digresiones, que he juzgado conducentes; celebraré haber acertado, y que sea del agrado de Vuestra Señoría, a cuya disposición quedo pronto, con muy buena voluntad.

Dios guarde la importante vida de Vuestra Señoría muchos años.

Pasto, y julio 10 de 1785.

Besa la mano a Vuestra Señoría su muy afecto, seguro servidor,

RAMÓN DE LA BARRERA

Señor Presidente Regente don Juan Joseph Villalengua.

## DECRETO

Quito, 17 de julio de 1785.

Recibida con el documento que la acompaña, agréguese a los antecedentes de la materia, y pase todo a la Junta General de Real Hacienda.

VILLALENGUA

## AUTO DE JUNTA

Quito, 5 de septiembre de 1785.

Vistos en Junta General de Real Hacienda, con lo que informan en sus cartas el Padre fray Manuel Arias, religioso sacerdote de la Orden Mercedaria, Misionero destinado para la conversión de los indios Yuríes y más naciones infieles, establecidas a las orillas y márgenes del río nombrado Putumayo, y Antonio Dumens, Cabo nombrado para la custodia y reparo de los mismos parajes, explicando los felices progresos que ya experimentan de serles fácil

reducirlos a la ley evangélica, y subordinación a Su Majestad Católica, con fundadas esperanzas de mucho adelantamiento, si se les auxilia con los socorros que demandan, dijeron que en consideración de ser el asunto de tanta gravedad, en que se interesa la salvación de tantas almas, servicio del Rey y más beneficios que resultarán con la conquista del número de indios aparecidos y noticia de los muchos que están contiguos, eran de parecer que los Oficiales Reales recojan las seis mil varas de tocuyo, cuatro mil pedidas por el expresado Padre Misionero, y dos mil por el referido Cabo Dumens; y juntamente los cuarenta vestidos completos para los infieles principales, de que hacen relación los informantes, contribuyendo con doscientos pesos en dinero para construcción de las herramientas: todo lo que se conduzca a poder de don Ramón de la Barrera, vecino de la ciudad de Pasto, a quien aprobándosele como se aprueba el derrotero formado, se le encargue el que por esa propia vía haga transportar todos los efectos mencionados, hasta que se verifique consignarlos en manos de los enunciados Padre fray Manuel Arias y Cabo Antonio Dumens, que residen a las orillas del río Putumayo, para que se suministren por ambos las datas y repartimientos a los infieles, y en cuanto a que se remita otro Sacerdote Misionero, por no ser suficientes los dos al preciso abasto de enseñar la doctrina cristiana a los catecúmenos, lo acordará y determinará el señor Presidente con el Ilustrísimo señor Obispo de esta Diócesis, según parezca conveniente, pasando a esta Real Contaduría noticia de su resolución, para que en ella se satisfaga la cantidad asignada por Su Majestad a los demás Curas de este ejercicio, para alimentos y viático. Con lo que se conformó Su Señoría dicho señor Presidente Regente, Gobernador Comandante y Superintendente General; y los firman Sus Señorías, de que doy fe.

VILLALENGUA—VITERI

—

Sigue la carta del reverendo Padre fray Juan Antonio del Rosario Gutiérrez, Superior de las Misiones del Putumayo, que reclamó de la instrucción y que estorbó se realizara lo preceptuado.

Popayán, noviembre y 17 de 1785.

—

Es fiel copia.

ILDEFONSO DÍAZ DEL CASTILLO,

Correspondiente de la Academia de Historia.

## BOCETOS BIOGRÁFICOS

ATUESTA DIMAS

Vio la luz este distinguido ingeniero militar en la ciudad de Socorro en el año de 1849. La naturaleza y el estudio lo dotaron con aquellas cualidades con que debe distinguirse todo militar: «valor indisputable, serenidad en los peligros inminentes; tino en el mando, ilustración y prudente severidad aplicada con discernimiento.»

Privado desde temprana edad del apoyo paternal, comprendió que para asegurar el éxito de cualquier cosa que se emprendiera y triunfar en la batalla por la existencia, era preciso acostumbrarse a vencer dificultades, porque la vida del hombre desheredado de la fortuna está siempre entorpecida por todo género de obstáculos.

A la edad de catorce años dio principio a sus estudios académicos, bajo la dirección del distinguido preceptista don Pedro Alcántara Gómez, y los concluyó en el Colegio público de la ciudad de Vélez, como alumno becado. El doctor Felipe Zapata, ilustrado e inteligente Rector de aquel célebre establecimiento, supo apreciar en su valor la consagración al estudio y la enérgica laboriosidad de Atuesta, y solicitó de la Asamblea del Estado, en 1868, suministrara lo necesario para que hiciera sus estudios profesionales en Europa, pero aquel Cuerpo Legislativo no tuvo a bien atender tal solicitud,

En 1869 vistió el uniforme de cadete del Colegio de Ingeniería Civil y Militar de Bogotá, debido a la desinteresada protección del General Rudesindo López, quien lo amparó hasta la terminación de su carrera. En 1873 presentó grado de Ingeniero Civil y Militar, e inició la práctica de su carrera profesional con el trazado del camino de herradura entre la población de Guadalupe y el páramo de Servitá (Departamento de Santander).

En 1874 contrajo matrimonio con la señorita doña Rosa Azuero, de ilustre abolengo, mujer bella, de relevantes prendas. Por esta época fue nombrado Vicerrector del Colegio de Boyacá.

En 1875 trabajó en el trazado del proyecto ferroviario del Carare, bajo las inmediatas órdenes del ilustre ingeniero Juan Nepomuceno González Vásquez, y una vez terminados los estudios de aquella importante vía, se estableció en la ciudad de Vélez.

Iniciada la sangrienta revolución civil de 1876, abandonó hogar, intereses y familia y principió la campaña en el reñido combate de *El Coral*, verificado el 3 de noviembre

de aquel año, a las órdenes de los Generales Sergio Camargo y Rudesindo López, que hicieron honorífica mención del bizarro comportamiento del entonces Capitán Atuesta. Incorporado el Batallón *Vélez*, a que pertenecía, en el Ejército de Occidente, hallóse en la sangrienta batalla de *Garrapata*, y en el mismo campo de pelea fue ascendido a Sargento Mayor por el Comandante General del Ejército, General Santos Acosta. Destinado como segundo Jefe del Batallón *Vélez*, por haber perecido en el combate el Teniente Coronel Marcelino Echeverría, marchó para Antioquia en la División de vanguardia, que comandaba el General Jesús María Chaparro, concurrendo al combate de *El Palmichal*, que se verificó el 3 de febrero de 1877. De allí siguió a Soledad, donde permaneció hasta la toma de Manizales. Reorganizado el Ejército, fue ascendido a Teniente Coronel, destinándolo como primer Jefe del Batallón *Boyacá* número 3º, merecido premio a quien supo hacerse visible por su comportamiento verdaderamente militar.

En 1880 el doctor Rafael Núñez, Presidente de la República, comprendió la necesidad de organizar una Escuela Militar para dar a la juventud colombiana destinada a las armas, enseñanza moral y científica, bajo un plan educacionista completo y homogéneo. En la parte orgánica de la Escuela el doctor Núñez puso delicada previsión, y eligió para que la realizara al benemérito General Rudesindo López como Director Jefe de Estudios, y al Teniente Coronel Dimas Atuesta como Inspector General de Estudios, puesto que sirvió con su acostumbrada constancia y eficacia. Dos distinguidos Oficiales del Ejército norteamericano vinieron a desarrollar la enseñanza moderna militar.

Aquella memorable Escuela Politécnica dio hombres útiles al progreso colombiano; pero algunos, arrollados por el soplo ardiente de las pasiones políticas, se marchitaron en nuestras contiendas civiles.

Cuando el sentimiento de la demagogia se despierta en los pueblos, los gobiernos no pueden ni deben descuidarlo, porque trae consigo el desorden social y la anarquía, que conducen rápidamente al precipicio.

El doctor Rafael Núñez apreció que el pueblo colombiano carecía de instrucción política y no estaba dotado de la moderación y cordura necesarias para vivir en paz bajo un régimen de ultracismo liberal, e inició la reorganización del país con principios fundamentales de una libertad bien entendida. Por desgracia los pueblos no aceptan siempre lo que debieran desear más vivamente. Muchos colombianos al oír el célebre apotegma de Núñez, «Regeneración o catástrofe,» alzaron el estandarte de la rebelión. La lucha fue



corta pero tenaz y sangrienta. El partido vencedor desplegó la bandera blanca de paz y reemplazó la Constitución de 1863, que daba *el derecho de insurrección* (frase del señor Miguel Samper), por la de 1886, que en su esencia es la misma que expidieron los padres de la Patria en 1821.

El Coronel Atuesta comprendió que el programa político de Núñez, una vez desarrollado y afianzado, podría asegurar una dilatada existencia de paz, base de todo progreso positivo, y marchó a la ruda campaña bajo la bandera de la causa nacional.

Muchos e importantes fueron los servicios que el Coronel Atuesta prestó al Gobierno en aquella época azarosa de transición política, los cuales le fueron recompensados con el ascenso de General efectivo de Brigada.

Restablecidos completamente la tranquilidad y el orden, el Gobierno consideró llegado el momento de la reconstrucción efectiva de la República, y empezó a verificarla en el departamento de Guerra. El Secretario de aquel ramo solicitó la colaboración del General Atuesta, a fin de que indicara los medios que él creía conducentes a la reorganización del Ejército y a la conservación de su moralidad y disciplina.

El General Atuesta elaboró un informe sobre las variaciones, fundadas en la justicia, que la formación del Ejército reclamaba, y la manera como en su concepto debía quedar sobre base científica la legislación militar colombiana.

Después de aquella transformación política, el General Atuesta se retiró a la vida privada hasta el año de 1893, en que se encargó de los trabajos del camino de Occidente de Boyacá, cuyo trazado se desarrolla en medio de viejas y opulentas selvas. En aquellas feracísimas regiones fundó una hacienda, a la cual consagró todas sus energías hasta el año de 1899, en que estalló la revolución civil más desastrosa que registran los anales patrios. El General Atuesta, penetrado de la necesidad de ofrecer al Gobierno constitucional sus servicios, abandonó sus intereses y marchó a la ruda campaña. El 31 de julio de 1900 lo encontró en el campo del patriotismo y del honor, e impulsado por el sentimiento del deber propio, se retiró a la vida privada.

Terminada la guerra pretendió rehacer su hacienda, completamente destruída por los revolucionarios, y aun cuando le consagró dos años de trabajo tenaz y perseverante, nada consiguió, ahogándose la laboriosidad de tantos años.

Minada su recia constitución por los rudos combates de la vida, descendió al recinto oscuro de la muerte el 20 de enero de 1906, después de una larga y penosa enfermedad.

Era el General Atuesta de mediana estatura y apostura varonil. Tenía frente levantada y prominente, enmarcada por cabellos rubios; la cutis blanca, ojos claros y espeso bigote, que ceñía una boca bien delineada. En el aire de su fisonomía se transparentaba el hombre de acción y de inteligencia. Indudablemente el General Atuesta era un *hombre útil*.

Fue miembro de número de la Sociedad Colombiana de Ingenieros, y dejó inéditos algunos trabajos apreciables, entre los cuales conocemos una *Topografía Militar y Páginas de Geografía Militar Colombiana*.

DELIO CIFUENTES PORRAS,  
Ingeniero Civil.



### INFORME DE UNA COMISION

Señor Presidente de la Academia Nacional de Historia:

En sesión anterior de la Academia tuvisteis a bien confiarme, en unión de mis distinguidos colegas doctores Henao y Arrubia, el estudio del memorial de la familia Zaldúa, sobre los servicios que a la causa de la Independencia prestaron los señores Tadeo Racines, Manuel Zaldúa y Plaza, Juan Eloy Zaldúa y Plaza, Pedro Alcántara Herrán y José Antonio Plaza. Mis compañeros de comisión, por razones en un todo ajenas a su voluntad, se excusaron de estudiar dicha petición, privándome así de presentaros datos y noticias más completos de los que se hallan en el siguiente informe:

TADEO RACINES—Me atrevo a creer que este nombre lo confunden las peticionarias con el del Coronel Antonio Racines, natural de Honda, prisionero de los realistas en el presidio de Puerto Cabello. Sin embargo, como debo ceñirme a la letra del memorial elevado por las señoritas Zaldúa ante el señor Ministro de Gobierno, me permito manifestaros que no he hallado dato alguno sobre el señor Tadeo Racines.

DOCTOR MANUEL ZALDÚA Y PLAZA—Tomó servicio en 1809. Peleó en Ventaquemada contra las fuerzas del Brigadier Antonio Baraya. Con Nariño ayudó a éste valientemente en la defensa de Bogotá el 9 enero de 1813. Victorioso se halló en los rudos combates de Palacé, Calibío y Juanambú. En los ejidos de Pasto el león de Castilla triunfa sobre las águilas republicanas, y el Coronel Zaldúa, herido, se retira a Popayán, de donde pasa a Cartago a ponerse a las órdenes del Teniente Coronel Manuel de Serviez. Su-

fre los descabros de Palogordo y las Cañas. En 1815, con unos cuantos compañeros, regresa el Coronel Zaldúa a Santafé, en donde sufre toda clase de penalidades, tanto a causa de los partidarios del Rey de España como debido a la suma pobreza en que se hallaba. Murió este benemérito servidor de la Guerra Magna el 4 de mayo de 1816. Al día siguiente, en la madrugada, fue sepultado ocultamente en la iglesia de San Agustín; pero sabido esto por el Pacificador Morillo, ordenó desenterrarlo y que con todas las formalidades del caso fuese el cadáver fusilado. Debido a la tenaz resistencia que opusieron los Padres agustinos, se evitaron los santafereños ese espectáculo digno de las épocas bárbaras de la edad antigua.

JUAN ELOY ZALDÚA Y PLAZA—Nació en Honda el 24 de junio de 1793. A la edad de diez y siete años entró a servir en el Ejército patriota. En el combate de la Cuchilla del Tambo, con el grado de Teniente primero de infantería, fue herido en la cabeza y hecho prisionero. Incorporado en las tropas realistas, desertó de ellas para volver a luchar por la causa de la independencia hasta ver colmados sus anhelos en el Puente de Boyacá. El balazo que recibió en 1816 lo hizo sufrir bastante, a pesar de haberse reemplazado el hueso frontal por medio de una plancha de platino. Murió este útil soldado de la República en Bogotá el año de 1850. En el Archivo Nacional, tomo 49 de *Hojas de servicio*, se hallan honrosos certificados sobre Zaldúa, expedidos por el Secretario de Estado en el Despacho de Guerra y Marina, General Antonio Obando; por el General José Hilario López, etc. etc.

PEDRO ALCÁNTARA HERRÁN—Imposible escribir en unas pocas líneas la biografía del General Herrán. Su vida, como la de todos los hombres superiores, evoca gloriosamente épocas distintas de la historia de los pueblos. La silueta del Presidente de la República en los años de 1841 a 1845 se destaca precisa y majestuosa en la guerra de Independencia y en Colombia la grande; surge serena y apacible en la Nueva Granada en la Confederación Granadina; se alarga potente y robusta en los días de lucha de los Estados Unidos de Colombia. Los doctores Ibáñez y Posada, en su interesante libro sobre el General Herrán, compendian en una frase el juicio de la posteridad ante los hechos del prócer. Dicen ellos: «*Fue él uno de los gigantes de nuestra historia, y su figura ha crecido, en esta agonía del siglo, en medio de nuestras miserias, como avanza la sombra de enhiesto monte en las horas del crepúsculo, sobre las menguadas colinas.*»

^ JOSÉ ANTONIO PLAZA—En la biografía del doctor Plaza, escrita por el doctor Pedro María Ibáñez en el número

109 del *Papel Periódico Ilustrado*, se hallan datos interesantes sobre la parte activa que en 1825 ejerció en la política el autor de la *Historia de la Nueva Granada*, libro que comprende desde tiempos anteriores a la Conquista hasta el año de 1810. Mucho debe la causa de la República a los buenos servicios del doctor Plaza; muchísimo más le debe nuestra Historia Nacional.

Tales son, señor Presidente de la Academia, los datos que he conseguido sobre los individuos objeto de este escrito, y que a grandes rasgos me he permitido relatar.

Para terminar me permito proponer:

La Academia Nacional de Historia aprueba en todas sus partes el anterior informe.

Vuestra Comisión,

LUIS AUGUSTO CUERVO

Bogotá, febrero 15 de 1913.

### ARCHIVO SANTANDER

San José de Cúcuta, mayo 22 de 1913

Señor Secretario de la Academia Nacional de Historia—Bogotá.

Acuso a usted recibo de su atento oficio de fecha 18 de abril último, signado con el número 1358, en el cual tiene a bien confiarme la comisión de gestionar cerca del Gobierno del Departamento la recaudación de los \$300 oro que la Asamblea Departamental, por la Ordenanza número 8, destinó para la compra de ejemplares del archivo del General Santander, que dará próximamente a la publicidad esa honorable Academia.

Agradezco altamente el honor que se me hace confiándome tal encargo, y espero tener buen éxito en su desempeño, que no podrá ser sino desde el mes de julio próximo venidero, en que principia la nueva vigencia económica del Departamento, en el cual está apropiada la partida de \$300 oro para el efecto indicado.

Oportunamente daré a usted cuenta del curso de mis gestiones, y mientras tanto tengo el honor de suscribirme su atento, seguro servidor y colega,

LUIS FEBRES CORDERO

*República de Colombia—Departamento Norte de Santander,  
Provincia de Cúcuta—Presidencia del Concejo Municipal—Número 749—Rosario, abril 30 de 1913.*

Señor Secretario de la Academia Nacional de Historia—Bogotá.

En relación con la atenta nota de usted, número 1276, fecha 6 de agosto del año próximo pasado, tengo el honor de avisar a usted, para los fines consiguientes, que en el Acuerdo respectivo, expedido por la corporación que me honro en presidir, se destinó como contingente de este Municipio en el presente año, para ayudar a la publicación de las obras inéditas del señor General Francisco de Paula Santander, la suma de cincuenta pesos (\$ 50) oro.

En el mismo Acuerdo se dispone que en el presupuesto de rentas y gastos de fondos comunes de 1914, se erogue la misma suma con idéntico fin.

Dios guarde a usted.

JOSÉ JACINTO MANRIQUE

*República de Colombia—Departamento Norte de Santander,  
Secretaría de Gobierno—Número 472—Cúcuta, 14 de mayo de 1913.*

Señor Secretario de la Academia Nacional de Historia—Bogotá

Para conocimiento de esa honorable corporación tengo el honor de transcribir a usted la siguiente nota:

«*República de Colombia—Departamento Norte de Santander,  
Provincia de Cúcuta—Presidencia del Concejo Municipal—Rosario, abril 30 de 1913.*

«Señor Gobernador del Departamento—San José de Cúcuta.

«En relación con su atenta nota de fecha 30 de agosto del año anterior, tengo el honor de avisar a usted, para los fines consiguientes, que en el Acuerdo número 1º sobre presupuesto de rentas y gastos de fondos comunes, expedido por la corporación que me honro en presidir, para el año en curso, en su artículo 16 se destinó como contingente de este Municipio, para ayudar a la publicación de las obras inéditas del señor General Francisco de Paula Santander, la suma de cincuenta pesos (\$ 50) oro, y se dispone que en

el presupuesto de 1914 se erogue la misma suma, con idéntico fin.

«Dios guarde a usted.

«JOSÉ JACINTO MANRIQUE»

Disos guarde a usted,

Por el Secretario, el Jefe de la Sección de Justicia,

OSCAR PÉREZ F.

### CENTENARIO DE CUNDINAMARCA

*República de Colombia—Gobernación de Cundinamarca—Secretaría de Gobierno—Número 1667—Bogotá, mayo 14 de 1913.*

Señor Secretario perpetuo de la Academia Nacional de Historia.

En su despacho.

La Asamblea del Departamento de Cundinamarca en sus sesiones del presente año dictó la Ordenanza número 5 de 17 de marzo, «por la cual se dispone celebrar el primer centenario de la independencia absoluta de Cundinamarca,» y el artículo 5º de dicha Ordenanza dispone esto:

«Entre los actos que se acuerden figurará una sesión pública de la Academia Nacional de Historia, para lo cual el Gobernador hará especial invitación a aquella corporación, y dispondrá la asistencia de todos los empleados departamentales y municipales.»

Llenando pues los deseos patrióticos de la Asamblea, me permito, en nombre del señor Gobernador, hacer por el muy digno conducto de usted, la especial invitación a la Academia para que celebre una sesión pública, con el fin de que contribuya con el brillo que ella acostumbra en sus actos, a festejar la clásica fecha de la independencia absoluta de este Departamento.

Me permito rogar a la corporación que acuerde para tal sesión los actos que considere más adecuados y brillantes, y los relativos al momento de la colocación de las placas y del retrato del Presidente don Jorge Tadeo Lozano, según lo dispuesto en los artículos 6º y 8º del Decreto número 120 del 17 de abril próximo pasado, dictado por la Gobernación en desarrollo de la Ordenanza número 5 a que me refiero.

Para conocimiento de la honorable Academia tengo el honor de remitirle los números 1779 y 1797 de la *Gaceta de Cundinamarca*, en las cuales se publicaron los dos documentos oficiales dichos.

Soy de usted con la más perfecta consideración muy atento y seguro servidor,

M. M. MALLARINO

## DECRETO NUMERO 120 DE 1913

(ABRIL 17)

sobre celebración del primer centenario de la independencia de Cundinamarca.

*El Gobernador del Departamento de Cundinamarca,*

en uso de sus atribuciones legales y en desarrollo de la Ordenanza número 5 del presente año,

## DECRETA :

Artículo 1º El diez y seis de julio del año en curso, día de fiesta oficial, según lo dispuesto en el artículo 1º de la Ordenanza número 5 de 1913, se cantará un Tedéum en el templo de La Veracruz, panteón de los mártires, donde fue sepultado el primer Presidente Constitucional de Cundinamarca y sabio naturalista, don Jorge Tadeo Lozano.

Artículo 2º Se izará el pabellón nacional en todos los edificios públicos del Departamento, en las Oficinas de la Gobernación, Prefecturas, Alcaldías y Casas Consistoriales.

Artículo 3º El acta de independencia absoluta de Cundinamarca, impresa en edición de lujo, se repartirá a todas las entidades públicas, a las oficinas nacionales y departamentales y a los centros científicos y literarios.

Artículo 4º Los Concejos Municipales celebrarán en dicho día una sesión solemne, en la cual se leerá el acta expresada, que se fijará luégo en lugar preferente de la sala de las sesiones.

Artículo 5º En las escuelas públicas habrá también en dicho día una sesión solemne, con la lectura de la misma acta, y se cantará el himno nacional.

Artículo 6º La Gobernación obrará de acuerdo con la Academia de Historia para colocar en el pedestal de la estatua de Nariño la placa conmemorativa de la clásica fecha, y en el salón de sesiones de la Asamblea Departamental la placa que contendrá la parte resolutive del acta de independencia, según se previene en los artículos 2º y 3º de la referida Ordenanza.

Artículo 7º Los empleados departamentales residentes en la capital concurrirán a los actos solemnes que tenga a bien acordar la Academia Nacional de Historia, conforme al artículo 5º de la Ordenanza.

Artículo 8º El retrato del Presidente Lozano se colocará en la sala principal del Despacho de la Gobernación,

Artículo 9º Publíquese en la Imprenta del Departamento un libro que contenga los documentos relativos a la

historia y a la proclamación de la independencia absoluta de Cundinamarca, y al modo como se celebre el centenario,

Artículo 10. Designase a los académicos de número, señores don Jesús M. Henao, don José Joaquín Guerra y don Gerardo Arrubla, para la preparación del libro a que se refiere el artículo anterior, y para que dirijan tanto la publicación de él como la del acta de independencia de que trata el artículo 3º del presente Decreto. Esta Comisión desempeñará sus funciones *ad honorem*.

Artículo 11. Nómbrase una Comisión, compuesta de los señores General don Wenceslao Ibáñez Nariño, don Ignacio Gutiérrez Uricoechea y don Ignacio Sanz de Santamaría, para que de acuerdo con la designada por la Asamblea, concorra, en representación del Departamento, a los festejos que se celebren en la capital el día del centenario.

Artículo 12. Abrese un concurso para premiar la mejor obra extensa de geografía del Departamento que se elabore en las condiciones que fijen la Dirección de Instrucción Pública Departamental y la Sociedad Geográfica de Bogotá. El concurso quedará cerrado el 16 de julio de 1915, y el premio que debe adjudicarse consistirá en la suma de \$ 1,000 oro, que se pagarán de los fondos departamentales.

Artículo 13. Los originales de las actas de las sesiones y de los acuerdos que expidan los Concejos Municipales, serán remitidos a la Gobernación para conservarlos en una arca especial en el Archivo del Departamento, junto con la relación de los festejos que se celebren en cada Municipio y que deben escribir los Secretarios de los Concejos Municipales respectivos.

Artículo 14. Los gastos que demande la ejecución de este Decreto se considerarán incluídos en el presupuesto respectivo.

Comuníquese y publíquese.

Dado en Bogotá a diez y siete de abril de mil novecientos trece.

RAFAEL UCROS

El Secretario de Gobierno,

MANUEL M. MALLARINO

El Secretario de Hacienda,

J. JOAQUÍN CAICEDO R.

El Director General de Instrucción Pública,

RAFAEL CÁRDENAS PIÑEROS